

MERCHE DIOLCH

y  
llegaste  
tú

TONY

PARTE 2

Click  
EDICIONES

**Merche Diolch**

**TONY**  
**Y llegaste tú 2**

**Click**  
EDICIONES

# Índice

Cita

Prólogo

PARTE 2. TONY

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

AVANCE

Cita  
Prólogo

Notas  
Biografía  
Créditos  
Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## Sinopsis



Tony lleva varios meses alejado de Raquel, espera pacientemente el momento oportuno para regresar a su vida después de que ella decidiera alejarse de todo. Mónica será cómplice de Tony y pondrá en marcha su plan para que la pareja se reúna de nuevo.

El reencuentro no será fácil pero, con el apoyo de la familia y sus amigos Tony conseguirá lo que lleva tantos meses esperando y no solo eso, las musas regresarán y conseguirá componer, después de mucho tiempo, esa canción perfecta que había estado esperando.

**Gracias por adquirir este eBook**

---

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y

descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

---

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**



«Escucha. ¿Lo oyes? La música. Yo la oigo en todas partes.  
En el viento, en el aire, en la luz. Está por todas partes.  
Todo lo que tienes que hacer es abrirte.  
Todo lo que tienes que hacer es escuchar.»

AUGUST RUSH

## Prólogo



Pestañeó un par de veces hasta que su mirada centró la imagen que le devolvían sus ojos. Los fluorescentes del techo parpadeaban y el ruido que la rodeaba le recordaba un lugar al que no quería regresar.

Cerró los ojos con fuerza, rezando por que se encontrara en una pesadilla pero la voz de su prima la devolvió a la realidad.

—Cariño, ¿estás despierta? —Le acarició la mejilla.

Raquel giró la cabeza hacia la ventana de la habitación y comprobó que el sol ya había salido.

—Nos has dado un gran susto. Tony estaba muy preocupado.

La joven, al escuchar el nombre del músico, la miró. Llevaba una coleta mal hecha y una sudadera verde espantosa, junto a un pantalón de chándal rosa que no conjuntaba con nada. Era extraño verla vestida de esa forma fuera de casa, por lo que dedujo que debió de salir corriendo en cuanto se enteró de lo que le había ocurrido.

—¿Está aquí?

—Se ha tirado toda la noche durmiendo en el sillón. Le he convencido para que se fuera a la cafetería y así pudiera estirar un poco las piernas.

—¿Noche? —preguntó confusa.

Mónica le apartó el cabello de la cara y la sonrió con ternura.

—Ayer te desmayaste en casa de Tony. Llamó a urgencias y te trajeron hasta aquí. Luego intentó localizarme. —Raquel se tapó los ojos con el brazo y gruñó—. Estaba muy preocupado.

—No debí ir a su apartamento.

La risa de su prima la sorprendió.

—No digas tonterías. Seguro que disfrutaste mucho... —Le guiñó un ojo haciendo una pausa dramática. Las mejillas de Raquel enrojecieron ante los recuerdos de lo que había sucedido entre ellos dos, evidenciando lo que Mónica suponía—. Además, no podías predecir que esto iba a suceder.

Raquel suspiró.

—¿Qué estará pensando?

Le dio un beso y se alejó de ella para sentarse en el sillón.

—No le des más vueltas ahora. Lo importante es saber qué ha ocurrido.

La puerta de la habitación se abrió interrumpiendo la conversación.

—Buenos días, chicas.

—¿Doctor Ferrán? ¿Qué hace usted aquí?

—¿Cuántas veces te he dicho que me llames por mi nombre? Te conozco desde que llevabas pañales —le dijo mientras se acercaba hasta la cama.

La joven sonrió.

—Lucas, ¿qué haces aquí?

—El doctorcito estaba en la ciudad por un congreso y no nos había dicho nada —respondió Mónica con cierto rencor en la voz.

El médico sonrió a la rubia mientras revisaba los informes de la paciente.

—Tenía una ponencia y solo me iba a quedar por un día. No quise molestaros.

Mónica bufó.

—Seguro... —soltó poco convencida—. ¿Israel sabe que estás aquí?

—Tu hermano no pudo venir conmigo porque tenía unos temas pendientes.

—¡Qué raro! Zipi y Zape separados.

El doctor Ferrán enfrentó su mirada.

—Somos amigos desde la infancia, pero ya sabes que hay cosas que hacemos muy bien por separado. —Le guiñó un ojo y devolvió la atención a su paciente.

Raquel observó como su prima se cruzaba de brazos al mismo tiempo que rumiaba por debajo una letanía que no conseguía escuchar. Desde que tenía memoria, los recordaba a los dos compartiendo distintas pullas que terminaban siempre con Mónica enfadada.

El médico, ignorando a la rubia, acercó sus manos al cuello de la enferma y palpó los ganglios. Sacó un palo que llevaba en el bolsillo de la bata blanca y le quitó el envoltorio que le cubría por salubridad. La obligó a abrir la boca y miró por el interior, mientras arrugaba el ceño.

—¿Todo bien, doctor? —se interesó Mónica, quien, olvidándose del enfado, se acercó hasta el otro lado de la cama, expectante por la exploración del médico.

Este dio un beso en la frente a la enferma, un gesto muy lejano de la profesionalidad que mostraba con sus otros pacientes.

—Hay que hacer más pruebas, pero...

—¿Pero? —lo interrumpió Mónica de inmediato.

El doctor Ferrán la miró durante unos segundos, mostrando pesar en sus ojos azules.

—No quiero aventurar nada hasta que le haga más pruebas — insistió.

Raquel tiró de las sábanas que la cubrían y se removió inquieta en la cama.

—¿Ha vuelto? —preguntó con temor.

El médico le acarició la mejilla con ternura.

—Voy a pedir que te trasladen al hospital de casa. Allí ya podremos confirmar el diagnóstico y probaremos con otros tratamientos.

Las lágrimas comenzaron a correr libres por el rostro de la enferma.

Mónica atrapó su mano y se la besó.

—Tranquila, cariño. Lucas no está seguro y debe hacer más pruebas.

—Hay muchos más tratamientos que pueden ayudar a que desaparezca antes de una intervención quirúrgica —explicó el doctor.

Raquel negó con la cabeza, se encogió en la cama y se tapó con la sábana hasta la cabeza.

La puerta de la habitación se abrió, sorprendiéndolos a los tres.

—Hola, ¿ya está despierta? —Tony observó la palidez de la cara de Mónica y la seriedad del médico, y corrió hasta la cama—. ¿Qué sucede?

—Tony, será mejor que...

—Raquel, ¿estás bien? —preguntó intentando apartarle la sábana para verla.

—Tony, ¿por qué no la dejamos sola un rato y luego volvemos? —insistió Mónica, posando una mano en su hombro.

Él negó con la cabeza.

—Raquel, háblame. Dime qué sucede.

La prima de la paciente hizo un gesto al médico para que ambos abandonaran la habitación.

En cuanto se quedaron solos, Tony se arrodilló en el suelo. Acarició la cabeza de la joven por encima de la sábana, esperando que le dejara verla.

—Raquel...

Esta se volvió hacia el otro lado de la cama, dándole la espalda.

—Vete.

El músico se levantó y se dirigió hacia el otro lado. De inmediato,

Raquel se volvió hacia el lado que este había abandonado.

Tony suspiró, se detuvo a los pies de la cama y, sin apartar la atención del bulto que había en mitad del colchón, agarró la sábana y tiró de ella.

Raquel gritó indignada.

—¿Qué haces?

—Intentar saber lo que sucede —respondió con los brazos cruzados sin soltar la sábana—. ¿Qué te ha dicho el médico?

La joven apoyó la espalda en la pared y llevó sus piernas hasta el pecho. Lo observó sin saber muy bien qué decirle hasta que no pudo sostenerle más la mirada y desvió su atención hacia la ventana.

—Raquel... —suplicó.

Expulsó el aire que retenía y buscó los ojos pardos.

—Tengo cáncer.

Los brazos de Tony cayeron inertes a lo largo de su cuerpo.

—¿Cómo?

Raquel se abrazó las piernas y apoyó la barbilla en las rodillas.

—Hace unos años, entre varias pruebas que me hicieron para ver si podría o no grabar un disco, me encontraron un tumor en la laringe.

El músico se llevó la mano hasta el cabello y la miró asombrado.

—¿Cantabas?

Ella se encogió de hombros.

—Ya ves...

—¿Por qué?

—Porque me apasiona la música.

—Raquel, ya sabes que no me refería a eso.

Le regaló una triste sonrisa.

—Estás ante uno de los pocos casos en los que este tipo de cáncer aparece en el ADN. La mayoría de las veces es por fumar o por el alcohol...

—Pero tú ni fumas ni bebes alcohol, que yo haya visto.

Raquel se rio.

—No, no fumo ni bebo.

—No me mires así. No sabía que cantabas, por lo que todo puede ser. —Le guiñó un ojo tratando de suavizar la seriedad de la conversación —. ¿Y qué sucedió?

—Lucas... —señaló la puerta de la habitación—, el doctor Ferrán, me puso un tratamiento que dio buenos resultados. —Se llevó la mano al cuello—. Hasta ahora.

Tony se acercó a ella.

—¿Y?

—De momento, Lucas quiere trasladarme al hospital de mi pueblo y ya ahí estudiar los posibles tratamientos.

Le acarició la mejilla con cariño.

—Si el tumor desapareció ya una vez, puede volver a pasar.

Raquel en cuanto lo escuchó, se alejó de su contacto.

—Eso no lo sabemos.

—Raquel...

—¡No! —Se levantó de la cama y se acercó hasta la ventana.

El silencio inundó la habitación de hospital por unos segundos, hasta que Raquel decidió romperlo:

—Quiero que te vayas.

Tony se quedó mudo, asimilando lo que le pedía.

—Vale. Lo entiendo. Necesitas tiempo y quieres estar sola.

Ella se volvió y lo enfrentó.

—Ha sido un error.

Tony, que había cogido la cazadora del sillón, la miró sin comprender.

—¿El qué?

Raquel respiró profundamente.

—Lo nuestro.

El músico avanzó unos pocos pasos con intención de acercarse a ella, pero esta levantó las manos deteniéndole.

—Es lo mejor. Esto —los señaló a ambos con el dedo— no tenía

futuro.

Él se puso la cazadora y suspiró.

—Creo que no es el mejor momento para hablar de lo nuestro. —Se le acercó ignorándola, y le dio un beso en la mejilla.

—Tony, estoy hablando muy en serio.

Le acarició la mejilla y le guiñó un ojo.

—Puede ser... —La miró con ternura—. Pero yo también. —Abrió la puerta—. Estaremos en contacto.

—Tony...

Pero el músico ya se había marchado dejándola sola.

**PARTE 2**

**TONY**

# Capítulo 1



*9 meses después...*

El timbre resonó en la casa sin que nadie acudiera a la llamada.

El recién llegado esperó unos minutos y, al ver que no se abría la puerta, insistió de nuevo. Pulsó el pequeño botón ocre que había cerca de la jamba de la puerta y las campanas repicaron otra vez, pero no obtuvo ninguna respuesta. Se asomó por una de las ventanas cercanas, intentando vislumbrar algún movimiento en el interior de la vivienda, pero no halló nada.

No había nadie.

Se dio la vuelta y observó lo que le rodeaba. Los árboles arropaban la casa de madera frente a la que se encontraba. Los rayos del sol buscaban colarse entre el follaje de hojas verdes desde donde los trinos de las aves acompañaban la escasa brisa que movía las ramas y unos pocos grillos despistados intentaban sumarse a la banda sonora del lugar.

A primera vista no vio ninguna casa o construcción cercana. Estaban en mitad de la nada y pensó que menos mal que se le había ocurrido detenerse en el pueblo cuando llegó desde Madrid, porque si no se habría perdido intentando localizar su destino. Si no conocías el camino, era muy fácil saltarse el pequeño desvío de arena que salía desde la carretera y que tuvo que tomar para llegar hasta allí.

Se pasó la mano por el cabello y suspiró sin saber muy bien qué hacer. Descendió los tres escalones de madera de la casa y se quitó la cazadora de cuero, que apoyó en la moto. Hacía demasiado calor. La humedad se le pegaba al cuerpo y el sudor comenzaba a deslizarse por su espalda. La camiseta azul de manga corta y los vaqueros le sobraban. Tras el viaje necesitaba refrescarse y, si los dueños de la vivienda no se encontraban en ella en ese momento, no era una mala idea buscar el río que le había acompañado desde que abandonara el pueblo.

Rodeó la casa y se aventuró por un camino que salía del porche trasero amparado por grandes juncos. Asombrado comprobó que entre las plantas se asomaba lo que le pareció un gran lago, una amplia explanada donde las tonalidades azules pasaban al verde, dependiendo de la cercanía del agua a la tierra. Se llevó la mano a la frente en cuanto llegó a la orilla, para evitar que el sol le deslumbrara, y observó que al otro lado se asomaban pinos blancos y abetos, especies similares a las que había por donde se encontraba en ese momento.

Era un sitio muy bello y tranquilo, que podría servirle de inspiración para componer fantásticas canciones si no fuera por los dichosos mosquitos, como el que acababa de picarle.

Se golpeó con rapidez la nuca en cuanto sintió un pequeño pinchazo e insultó al difunto insecto que había tenido la osadía de atacarle.

—Malditos bichos —gruñó dirigiéndose a un pequeño embarcadero de madera que nacía cerca de donde se encontraba.

Pisó los tablones y sin pensárselo mucho se deshizo de las botas y los calcetines y se remangó los pantalones. Se dirigía hacia el final de la pasarela con una idea fija en la cabeza cuando, en una de las dos butacas que había en el embarcadero, un bulto llamó su atención.

Una amplia sonrisa nació en su rostro al mismo tiempo que su corazón comenzaba a latir a un ritmo que le era ya conocido, y que

tanto había extrañado. Se acercó con sigilo hasta la persona que descansaba despreocupada y se detuvo delante de la silla de madera.

Expulsó el aire que retenía sin saberlo y observó a la joven que tanto había echado de menos.

Raquel estaba en la butaca, hecha un pequeño ovillo, con las piernas encogidas y tapada con una manta de cuadros azules y amarillos. Notó que estaba más delgada, que sus pómulos eran más finos y su piel, casi transparente. Se podía adivinar el color de sus venas en la mano que asomaba por encima de la manta.

Se arrodilló delante de ella y dejó que sus ojos se posaran en su rostro. Observó que, a pesar de estar dormida, los rasgos de su cara no estaban relajados y deseó poder aliviar aquello que tenía la osadía de molestar su sueño.

Llevó la mano hasta su cabello, percibiendo que temblaba ante la sola idea de poder sentirla de nuevo, y acarició los cortos mechones marrones. Su largo cabello había desaparecido, sustituido por una melena *pixie* que le enmarcaba la cara.

Tan distinta, pero al mismo tiempo tan parecida...

Era perfecta.

Pensó que estaba incluso más bella que la última vez que la había visto.

Dejó que sus dedos delinearan su mejilla para descender con lentitud por su cuello, donde observó que, a diferencia del resto del cuerpo que la manta le permitía ver, en esa zona su piel era más oscura a causa del tratamiento que le habían prescrito.

La joven se removió levemente en sueños alejándole de su lado; y, como si fuera un ladrón que teme ser pillado *in fraganti*, se irguió con rapidez. Enredó los dedos en su cabello y dejó caer la mano inerte de inmediato. Miró a su alrededor por si alguien había sido testigo de su imprudencia, pero no encontró a nadie.

Seguían solos.

Dejó que su mirada se posara de nuevo sobre ella y sintió de nuevo

esa paz que tanto había buscado cuando se alejó de los escenarios.

A su lado estaba seguro. Estaba en casa.

¡Cómo la había echado de menos!

\* \* \*

Raquel se removió en la butaca y, con los ojos cerrados, tiró de la manta intentando alejar el frío que comenzaba a sentir.

No quería despertar.

No quería regresar al mundo donde la realidad la golpearía con dureza, recordándole su enfermedad...

Recordándole su vida...

Recordándole que Tony no estaba a su lado...

Por su culpa.

Arrugó el ceño ante ese pensamiento y sintió como una vez más se despertaba enfadada consigo misma. Bufó con fuerza y se tapó la cabeza con la manta.

—No sabía que tenías tan mal despertar.

Con rapidez, Raquel se deshizo de la manta. Incredula ante lo que sus oídos le transmitían, pensando que era su subconsciente quien había recreado la voz del músico, negándose a creer que estuviera a su lado.

Abrió los ojos esperando no verle, convencida de que estaría sola, rodeada de agua y vegetación, pero sola...

Parpadeó un par de veces, se restregó los párpados con las manos y en cuanto centró la vista en su espalda, en su negra melena, la realidad chocó de bruces con sus deseos y al mismo tiempo con sus mayores temores.

—Tony, ¿qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —señaló él de espaldas, sentado en el suelo del embarcadero con los pies metidos en el agua, a su lado.

No había vuelto a mirarla. No se veía capaz de soportar observarla sin acariciarla, sin besarla...

Raquel chirrió los dientes ante la brusquedad de sus palabras. Miró lo que les rodeaba sin saber muy bien qué buscaba y suspiró sin fuerzas.

—Perdona... No te esperaba y me ha pillado por sorpresa.

El silencio los envolvió.

Raquel no sabía muy bien qué más decir o añadir. En realidad, aunque por una parte se sentía feliz de que estuviera allí, con ella, por otra... Se llevó la mano hasta el cuello y cerró los ojos con miedo.

Tony seguía de espaldas, con miedo a enfrentarla. Habían pasado nueve meses en los que había ansiado estar a su lado, pero ahora que por fin se encontraba allí, no sabía muy bien cómo reaccionar. Percibió que su voz había cambiado. Su tono ya no era el delicado y dulce que le envolvía cada vez que mencionaba su nombre; ahora era una voz más grave y misteriosa, con una tonalidad incluso erótica que conseguía que su piel se erizara solo con escucharla.

Apretó los puños con fuerza y dio una patada al agua intentando alejar el enfado que comenzaba a sentir. Buscaba comprenderla, intentando asimilar cómo debía comportarse, cómo hablarle, qué recriminarle, si había algo que recriminar, o adularla, amarla como ansiaba hacer, pero... Su enfado se autoimpuso. Llevaba mucho tiempo sin verla, sin escuchar su voz, sin saber de ella, sin estar a su lado...

Se levantó y la miró. Sus ojos negros lo observaron, esos que le habían perseguido durante tantos años y que no había logrado olvidar. Esa mirada que había estado lejos de él por su cabezonería, por culpa de ella.

—Si hubieras respondido a mis llamadas, sabrías que venía —la acusó, escondiendo las manos en los bolsillos del vaquero para evitar tocarla.

La joven desvió la mirada. No tenía valor para enfrentarse a esos iris marrones que la perseguían en sueños y que la observaban ahora con dureza.

—En cuanto llegué aquí, me olvidé del móvil —confesó atrapando un hilo azul de la manta con el que comenzó a jugar nerviosa.

—Y de otras muchas cosas —soltó con rabia y le dio la espalda.

—Tony...

—Hermanita, ya hemos llegado.

El músico se volvió en cuanto escuchó a la chica que se acercaba hasta ellos. Vestía un corto pantalón rosa y una blusa sin mangas amarilla con pequeños lunares blancos. Las uñas de los pies pintadas de un rojo chillón destacaban gracias a las sandalias que llevaba, un par de tiras de cuero marrón que salían de la suela del calzado y se enrollaban por sus piernas. Llevaba pintadas las uñas de las manos del mismo color, y el cabello recogido en dos largas trenzas.

Era preciosa.

Desvió su atención de una joven a otra. Aunque sabía poco de la vida personal de la chica que le había robado el corazón, que en ese momento se encontraba sentada en la butaca de madera, podía jurar, sin miedo a equivocarse, que la recién llegada era su hermana.

La muchacha de trenzas le dio un beso en la mejilla a Raquel y lo miró algo confusa al principio, para regalarle una sonrisa confiada con rapidez.

—Hola, eres Tony, ¿verdad? —Este asintió. Fue a hablar pero no le dio tiempo—. Te esperábamos —soltó recibiendo un pellizco en la pierna por parte de su hermana—. Ehh... Cuidado que haces daño. — Se masajeó la zona dolorida y se alejó de la persona que se lo había provocado. Le ofreció la mano al músico, que no dudó en agarrarla—. Soy Dulce, la hermana pequeña de Raquel. Bueno, en realidad su única hermana. ¿Has llegado hace mucho? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar? ¿Dónde te alojas? ¿Te quedas a cenar?

—Dulce, no lo agobies —su hermana la regañó intentando que dejara de bombardearlo a preguntas.

Tony observó a las dos chicas y pensó que, aunque compartían rasgos similares, sus caracteres no podían ser más diferentes.

—Raquel, no pasa nada. —Sonrió a la pequeña y respondió a todas sus cuestiones de corrido—: No. No lo sé, todavía. No me ha dado tiempo a buscar ningún sitio. No estaría mal cenar. ¿Qué hay?

Dulce se rio ante sus respuestas.

—Barbacoa.

—Dulce..., Raquel, ¿por qué tardáis tanto? Vuestro padre ya está con la cena. —Un joven tan alto como Tony acababa de aparecer por el embarcadero.

—Jaime, ven. Mira quién ha venido —le llamó la pequeña, animándole a que se acercara.

El chico fue cambiando los gestos de su cara según se aproximaba a ellos, sin apartar la vista del músico.

—Hola, me llamo...

—Tony. —Le agarró la mano que le ofrecía con desgana cuando llegó a su altura.

Este, algo confuso ante la actitud del chico, se llevó la mano hasta la nuca.

—Creo que me encuentro en desventaja ahora mismo.

Dulce se rio.

—Este es Jaime, un gran amigo de la familia. —Movi6 la cabeza señalando al recién llegado—. Y que no te resulte raro que te conozcamos, pero es que Raquel era muy fan tuya. En casa solo escuchábamos tus canciones y te tenía todo el día en la boca...

—Dulce, no hace falta que le des tantos detalles —su hermana la regañó otra vez.

La joven encogió uno de sus hombros, agarró el brazo de su amigo y lo animó a que se pusiera en movimiento.

—Os esperamos en casa...

—Pero... quizás Raquel necesite de nuestra ayuda —indicó Jaime reticente a dejar sola a la pareja.

—Si fuera necesario, ya está Tony para echarle una mano —comentó Dulce tirando de él, alejándolo de los dos jóvenes.

Raquel observó como la pareja desaparecía en dirección a su casa y negó con la cabeza ante lo que acababa de suceder.

—Perdona a mi hermana pero es algo impulsiva...

—No pasa nada —la interrumpió—. Es refrescante. Es tan distinta...

—¿A mí? —le preguntó mientras se apoyaba en uno de los brazos de la butaca tratando de levantarse.

—Espera... —La agarró de la cintura y apoyó la mano en su brazo—. Deja que te ayude.

—Gracias. —Se pusieron en movimiento tras los dos jóvenes—. En realidad, estoy más fuerte de lo que parece. Lo que pasa es que cuando llevo mucho tiempo sentada en la misma posición, mi cuerpo tarda en reaccionar.

Él asintió.

—Estoy aquí ahora. —Avanzó a la par de ella, sin soltarle la mano—. Puedes apoyarte en mí.

—Gracias —musitó sin saber muy bien cómo sentirse.

—Y Raquel... —La miró de reojo—. Tu hermana es distinta a ti pero porque tú eres única.

## Capítulo 2



En cuanto llegaron al claro que había cerca del porche de la parte trasera de la casa, Jaime se acercó a Raquel y la tomó del brazo, separándola del músico.

—Siéntate aquí mientras tu padre termina de preparar la comida —le aconsejó acercándola a una silla de madera que había junto a una gran mesa rectangular.

Tony observó los movimientos de la pareja y no pudo evitar pensar, al ver cómo arrancaba de su lado a Raquel, que Jaime era mucho más que un «amigo de la familia». Dio una patada a una imaginaria piedra y resopló apartándose el flequillo de la cara.

—Hola, guapo.

Miró a la joven que acababa de aparecer a su lado y le regaló una gran sonrisa.

—Hola, preciosa. —Le dio un abrazo y la besó en la mejilla—. Me dijiste que no te vería hoy.

Mónica se encogió de hombros, movió su rubia cabellera y señaló con la cabeza a su prima.

—Pensé que podrías necesitar apoyo moral.

Tony asintió y devolvió su atención al motivo por el que se encontraba allí.

—Gracias...

—No hay por qué darlas.

Este la miró y negó con la cabeza.

—No, Moni. Tengo que agradecerte mucho. Si no hubiera sido por ti, no habría sabido nada de Raquel en estos nueve meses. No podría estar aquí... —Elevó los brazos abarcando lo que les rodeaba para dejarlos caer de inmediato.

La rubia le guiñó un ojo.

—Lo hago por ella.

Tony sonrió.

—Lo sé y te lo agradezco. ¿Cómo está?

Mónica miró a su prima brevemente para devolver su atención al joven.

—Bien. Mucho mejor. Ha perdido algo de peso...

—Me he dado cuenta —señaló sin apartar su vista de Raquel.

—Le cuesta tragar y muchas veces prefiere comer purés para poder llevarse algo al estómago sin dolor. Le han mandado complementos vitamínicos.

Tony movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y la quimio?

—Ya terminó —anunció Mónica con una sonrisa—. Le quedan unas pocas sesiones de radio para acabar el tratamiento.

—¿Qué...? —La voz le tembló. Tenía miedo de realizar la pregunta—. ¿Qué dicen los médicos?

—Es pronto para confirmarlo pero el padre de Lucas, el doctor Ferrán, y él mismo están contentos con la respuesta del cuerpo de Raquel. Solo hay que esperar...

Este suspiró, se apartó el flequillo de la cara y miró a Mónica.

—Esperar...

—Nos necesita a su lado.

—Para eso he venido —afirmó con rotundidad.

La joven rubia le pasó una mano por el brazo, en un gesto cariñoso, captando de pronto su atención el atuendo del joven.

—¿Y eso? —Señaló los pantalones remangados—. ¿Es una nueva moda en la ciudad y no me he enterado?

La risa varonil estalló ante la sugerencia.

—No, no... —Se agachó y devolvió a su sitio original las perneras de los vaqueros—. Hacía mucho calor cuando llegué y pensé que me vendría bien mojarme un poco en el lago.

—Hiciste bien. Este calor húmedo en ocasiones es insufrible —coincidió con él mientras se abanicaba con la mano en un intento de atraer algo de brisa hacia su cuerpo.

Tony se fijó en la blusa blanca de tirantes finos que llevaba junto a una minifalda vaquera del mismo color. Los pies iban enfundados en unas sandalias de dedo con brillantitos y aun así decía que tenía calor.

—Mis botas...

—¿Tus qué? —preguntó ella observando los pies descalzos que asomaban por debajo del vaquero.

—Me he dejado las botas en el embarcadero. —Señaló el camino por el que habían llegado—. Tendría que ir a...

—Bienvenido —le saludó un hombre mayor, interrumpiendo lo que iba a decir, al mismo tiempo que le golpeaba en la espalda con tal fuerza que lo desplazó unos centímetros del lugar en el que se encontraba.

El músico sonrió con pesar por el golpe y observó al recién llegado, primero con cierta confusión para pasar de pronto a la incredulidad.

Era un hombre que sobrepasaba los cuarenta; llevaba el pelo corto, con algunos mechones blancos que se asomaban entre los castaños, y tenía los mismos ojos negros que Raquel. Llevaba unos vaqueros azules algo desgastados en las rodillas y una camisa de cuadros rojos y negros remangada en los brazos.

No creía lo que veían sus ojos.

Posó su mirada en la joven a la que había ido a ver para devolver su atención de inmediato al hombre que estaba a su lado.

—Usted es Josep Torres, el dueño de la discográfica...

Este se rio interrumpiéndole.

—Exdueño. —Le guiñó un ojo—. Y tú eres Tony, el cantante...

—Bueno, me estoy tomando un tiempo, por lo que tampoco es cierto.

Ambos se miraron y, sin decirse nada más, se sintieron identificados.

—La música —dijeron a la vez estallando en sendas carcajadas que atrajeron la atención de los allí reunidos.

Mónica se cruzó de brazos mientras observaba a los dos hombres. Cuando ambos dejaron de reírse, habló:

—Tony, te presento al padre de Raquel.

El joven la miró sorprendido para devolver su atención a la persona que le presentaban y que en ese instante le ofrecía su mano derecha.

—Es un placer —indicó estrechándole la mano—. No sabía... Raquel no me dijo...

El padre de la mencionada observó a su hija que, en ese momento, los observaba algo confusa.

—Mi hija mayor a veces es demasiado reservada.

Tony asintió ante sus palabras sin desviar su atención del centro de la conversación.

—Es parte de su encanto.

Josep miró al joven y luego a su sobrina que lo observaba con picardía.

—Creo que me va a gustar.

Mónica sonrió.

—Te lo dije.

El músico los miró confuso.

—¿Qué le dijiste?

La rubia atrapó su brazo y lo invitó a moverse hacia la mesa en torno a la cual ya estaban sentados el resto de los presentes.

—¿Comemos?

Tony la miró.

—Mónica...

El padre de Raquel se rio mientras los seguía.

—Sí, vamos a comer, que se va a enfriar.

El joven observó a la pareja y no pudo evitar pensar que algo le ocultaban.

## Capítulo 3



La noche los sorprendió cuando sus estómagos ya no admitían ninguna comida más.

El padre de Raquel había dispuesto encima de la mesa todos los alimentos posibles que podían formar parte de una barbacoa y todo estaba delicioso. Habían comido pinchos morunos, chuletas, beicon, panceta y chorizo, pero también se había acordado de las verduras e, incluso, había incluido unas pocas sardinas para Dulce.

—¿No comes carne? —le preguntó Tony cuando mencionaron que la hermana pequeña de Raquel solo comía pescado y verduras.

La joven se encogió de hombros mientras se llevaba un trozo de una sardinita a la boca.

—Lo estoy probando...

—¿El qué?

—Ser vegetariana —aclaró Mónica, a la vez que mordía el pequeño bocadillo de panceta con queso que se había hecho.

—Mejor dicho, pesci-vegetariana —corrigió la joven de trenzas.

—¿Pesci... qué?

Jaime se rio con prepotencia.

—Son los que comen pescado, lácteos y huevos, pero nada de carne o aves de corral.

—Jaime, no te rías de Tony, que hasta esta mañana tú tampoco sabías de qué hablaba mi hermanita —le regañó Raquel con cariño

mientras le pellizcaba la mejilla, haciendo que todos, excepto el músico, se rieran.

Este los miró confuso. No entendía nada de lo que sucedía hasta que Josep se apiadó de él y le explicó:

—Nuestra pequeña —le revolvió el cabello recibiendo un gruñido por parte de ella—, está descubriendo qué quiere ser.

—Eso no es así...

—No, para nada —añadió Raquel con una sonrisa mirando a su hermana—. Por eso ayer te comiste una hamburguesa doble en el bar de Ceci.

Todos estallaron en carcajadas ante lo evidente.

Dulce bebió de su refresco enfurruñada y, cuando comprobó que ya no le quedaba nada de líquido en el vaso, se levantó de la mesa.

—Me voy a mi habitación.

Su padre asintió conforme, señaló su mejilla y ella le dio un beso de buenas noches.

—Descansa.

—Y, primita —la llamó Mónica—, a la cama directa. No te pongas con internet, no vaya a ser que nos sorprendas mañana con una nueva Dulce.

La joven atrapó un trozo de pan y se lo lanzó, errando el golpe mientras los presentes se reían.

—Niñas, que haya paz —indicó el padre que trataba de calmar los ánimos pero, al estar también riéndose, no lograba su objetivo.

Dulce gruñó de nuevo y, sin decir nada más, se fue hacia la casa.

Tony tomó su vaso de cerveza y miró a Mónica, que estaba sentada a su lado, elevando una de sus cejas algo confuso.

—¿Se ha enfadado?

—No te preocupes. Mañana se le habrá pasado.

—Sí, junto a eso de ser vegetariana —añadió Jaime.

—Recuerda, pesci-vegetariana —recalcó Raquel provocando nuevas risas.

Pasados unos segundos, Josep se golpeó el estómago y suspiró con satisfacción.

—Creo que habría que felicitar al cocinero.

Jaime se rio.

—Felicitaciones, señor —comentó guiñándole un ojo.

—Estaba todo muy bueno —añadió Tony atrayendo la atención del padre de Raquel—. Gracias por invitarme a cenar.

El hombre mayor se levantó de su silla, tomó su vaso y lo elevó en el aire, brindando con el joven.

—Gracias a ti por aceptar. —En cuanto el vaso quedó vacío, atrapó dos bandejas para llevarlas al interior de la casa—. Jaime...

—Señor...

El padre de Raquel señaló con la cabeza la vajilla que había encima de la mesa.

—El pago de la cena.

Jaime se levantó de su silla y se llevó la mano a la sien en un gesto militar.

—A sus órdenes, mi general. —Tomó los platos que tenía cerca y se dirigió a la casa.

Se notaba que tenían una relación tan cercana que, sin apenas hablar, sabían lo que cada uno debía hacer.

—Yo también debería... —Tony se levantó de su silla y cogió una bandeja que acabó encima de la mesa de inmediato cuando escuchó a su anfitrión.

—No te muevas de tu sitio —le ordenó—. Eres nuestro invitado.

El joven se acomodó en la misma silla que ocupaba instantes antes y asintió.

—A sus órdenes, mi general.

Las chicas no pudieron evitar reírse al escucharle.

—Te ha calado, papá —señaló Raquel con una sonrisa.

—No puedes negarlo, tío —insistió Mónica.

El hombre observó a las dos jóvenes intentando impregnar su

mirada con un toque de seriedad, pero no lo logró. Se encogió de hombros y señaló a su hija.

—No te rías mucho, jovencita —la regañó—. No te creas que no me he dado cuenta de que has comido muy poco.

—No tenía hambre...

Este chascó la lengua interrumpiéndola.

—¡Mónica!

La rubia tosió ante el grito. Estaba bebiendo de su refresco y sintió como el líquido se le iba por mal sitio.

—Dime... —respondió como pudo.

Tony comenzó a golpearle la espalda intentando aliviarla.

—Entra en la casa y coge uno de los complementos vitamínicos de Raquel.

—Papá, no hace falta.

Este negó con la cabeza.

—Sí, sí hace falta. —Le guiñó un ojo y se dirigió a la casa seguido de su sobrina.

Raquel y Tony se quedaron solos en la mesa en completo silencio.

Ninguno de los dos sabía muy bien qué decir por miedo a romper la aparente calma que se había asentado entre ellos a raíz de la cena. Situados cada uno a un extremo de la mesa, apenas habían compartido una conversación, por no decir ninguna, pero las miradas que se habían intercambiado en más de una ocasión eran suficientes para transmitir mucho más que las palabras.

—Es verdad lo que dice tu padre, que apenas has probado bocado —indicó Tony a media voz mientras se levantaba de su silla y se acercaba a ella.

Raquel lo miró.

—He perdido el gusto por la comida y me sabe todo a serrín.

—Pero eso cambiará —señaló atrapando su mano al mismo tiempo que se sentaba en la silla que había ocupado Jaime con anterioridad, cerca de ella.

Esta asintió.

—Eso me ha dicho el médico.

Tony le atrapó un mechón de cabello y se lo colocó detrás de la oreja, provocando que su dueña retuviera la respiración brevemente.

—Me gusta tu nuevo corte de pelo —confesó acariciándole la mejilla.

—No tuve otra opción.

El dedo del músico se deslizó por su cuello con lentitud para subir de nuevo a su mejilla.

—Te favorece —insistió sin despegar su mirada de ella.

Raquel notó como en su estómago comenzaban a revolotear poco a poco las mariposas que hasta ese momento habían estado hibernando. Sintió como su corazón comenzaba a latir a un son conocido y su respiración se aceleraba.

Se giró para mirarlo de frente y posó sus ojos en los de él.

Este la miró sin hablar. Estudiando cada rasgo de su cara, cada gesto... Centrándose en los ojos negros, en esa mirada donde residían las estrellas y podía ver notas musicales que le hablaban de nuevas canciones.

Ella fijó la mirada en su rostro, ese que la acompañaba en sueños, y tuvo que confesarse a sí misma que lo había extrañado.

Desde que se había trasladado a la casa familiar, tras sufrir el desvanecimiento que la obligó a ingresar en el hospital, no había día que no se acordara de él. Cualquier cosa insignificante le recordaba al músico e incluso había desempolvado sus viejos CDs, en los que grabara años atrás sus canciones cuando lo seguía en su canal de YouTube, para comenzar a escucharlas de nuevo.

Cuando no los oía, se sorprendía tarareando la letra o llevando el ritmo con los pies y las manos. No podía creer que después de tantos años sin escuchar esas canciones, todavía se acordara de ellas.

Era increíble lo que la mente humana guardaba en su cabeza.

Lo había extrañado y mucho...

Y ahora estaba allí, a su lado...

Quería besarlo, quería acariciarlo, quería compartir tanto con él, pero...

No podía.

Estaba enferma y no podía retenerlo a su lado.

—¿Cuándo te vas? —le soltó de golpe alejándolo de su lado ante la brusquedad de la pregunta.

## Capítulo 4



Tony se levantó de la silla como si hubiera recibido una bofetada por parte de ella. Se llevó una mano a la nuca sin despegar los ojos de Raquel y negó con la cabeza sin saber muy bien qué decir.

—Aquí está —Jaime anunció su regreso casi a gritos atrayendo la atención de la pareja—. Tu padre dice que te lo tomes todo. —Movi6 un vaso que llevaba entre las manos y que estaba cerrado por una tapa abombada de la que salía una pajita.

Raquel le regal6 una sonrisa a su amigo y Tony sintió como su corazón se resquebrajaba, porque ese gesto no iba dirigido a él.

—¿Y Mónica? Me iba a traer ella las vitaminas —se interes6 mientras atrapaba el envase y bebía un poco del líquido.

Jaime se sent6 frente a ella y le guiñ6 un ojo.

—He ganado y ha tenido que fregar.

Raquel se rio y Tony se distanci6 un poco más.

—¿A piedra, papel y tijera?

El joven asintió orgulloso. Tir6 de su camiseta amarilla hacia abajo y se quit6 una mota de polvo imaginaria.

—Soy un gran experto.

Ella volvi6 a reírse.

—Ya te digo.

—Bueno, ser6 mejor que me vaya...

Los chicos miraron al músico como si acabaran de darse cuenta de que no estaban solos.

—¿A Madrid? —interrogó Jaime con desconfianza.

—Todavía no lo sé —le respondió sin apartar la vista de Raquel.

Esta se removió inquieta en su silla, dejando a un lado la manta con la que había estado tapada durante toda la cena, porque de repente sentía demasiado calor, y desvió su atención hacia sus manos.

—Tony, ¿ya te vas? —le preguntó extrañada Mónica yendo hacia ellos.

—¿Ya has acabado de fregar? —se interesó Jaime.

Esta asintió, se apartó el cabello hacia un lado y le guiñó un ojo.

—Soy una máquina.

La miró confuso.

—Ya puedes ser Billy el Niño porque había muchas cosas.

Mónica se acercó hasta el músico y lo agarró del brazo.

—¿Te acuerdas de un aparato llamado lavavajillas? —Miró a su amigo divertida—. Además, así he podido llegar a tiempo para evitar que Tony se fuera sin despedirse.

—Sí, menos mal —repitió Jaime entre dientes.

—¿Te marchas? —insistió la prima de Raquel mirando al músico.

Él asintió.

—Sí, será lo mejor.

—¿Pero no del pueblo?

Tony devolvió su atención a Raquel para mirar de nuevo a su prima.

—Puede ser...

—¿Puede qué? —preguntó el dueño de la casa apareciendo de repente al lado de los jóvenes.

—Tony se va —anunció Jaime con una feliz sonrisa que no podía esconder.

—¿Adónde?

—Eso estamos tratando de que nos explique, tío.

Josep miró al joven, que no apartaba sus ojos de su hija mientras esta se mantenía muda durante toda la conversación.

—¿Por qué no te quedas en casa?

—No —soltaron Jaime y Raquel a la vez.

El hombre mayor los miró confuso.

—Es la mejor opción.

—Señor Torres, se lo agradezco, pero...

—Muy buena idea, tío —afirmó Mónica mientras daba pequeñas palmadas y saltaba emocionada.

—No quiero ser una molestia —añadió el músico.

—Tonterías, chico. Estaremos encantados de alojarte. ¿A que sí, Raquel?

Su hija lo miró con ojos suplicantes para después dirigir su atención sobre el joven con el que compartiría techo.

—Sí, claro —musitó sin fuerzas.

—Pues ya está dicho. —Dio una palmada en el aire como si acabara de cerrar un trato—. Mónica, ¿tú también te quedas?

La rubia pasó su mirada del músico a su prima, apreciando los gestos de ambos.

—No, aunque creo que voy a perderme algo muy divertido.

Su tío negó con la cabeza con una enorme sonrisa y se dirigió hacia la casa sin añadir nada más.

—Moni, puedes quedarte. Ya sabes que hay camas de sobra —insistió Raquel de pronto con demasiada fuerza.

Su prima sacó su móvil de uno de los bolsillos de la minifalda vaquera y miró la pantalla para mostrársela, aunque desde donde se encontraba era muy difícil que Raquel viera lo que había en ella.

—Imposible. Tengo planes —señaló juguetona. Le dio un beso a Tony en la mejilla y le susurró—: Sé valiente. Ella te necesita, aunque ahora no lo sepa.

Este atrapó su mano y buscó su mirada.

—No te vayas muy lejos —le rogó—. Creo que necesitaré una amiga.

Ella posó la mano en su mejilla y asintió levemente con la cabeza.

—Cuenta con ello —sentenció. Se acercó a su prima y le dio un beso en la mejilla—. No seas muy dura con él —le indicó en voz alta, consiguiendo que las mejillas de Raquel enrojecieran.

—Ten cuidado. —Le devolvió el beso e intentó incorporarse apoyándose en la mesa.

Con rapidez, Jaime corrió a socorrerla.

—Espera que te ayudo.

Mónica bufó ante el gesto.

—Ya puede ella sola —le recriminó mientras su amigo hacía oídos sordos a sus palabras.

—Gracias —respondió Raquel.

—De nada. Para eso estoy...

—Tú —Mónica le señaló con el dedo interrumpiendo lo que fuera a decir—, ¿has venido en tu vieja bicicleta?

—No es vieja, sino un clásico —la corrigió.

—Tiene más de cuarenta años, por lo que es vieja.

Jaime chirrió los dientes.

—Es *vintage*.

Mónica movió la mano, quitando importancia a lo que le decía.

—Échala en la parte de atrás de mi camioneta, que te llevo a tu casa.

—Pero yo no pensaba irme todavía...

—Raquel está agotada y querrá acostarse.

El joven miró a su amiga y, aunque no quería dejarla sola con Tony, cedió al observar en su cara el rastro del cansancio del día.

—De acuerdo —cedió y, dándole un beso a su amiga, añadió—: Mañana vendré a verte.

Raquel asintió.

—Aquí estaré.

Para concluir la despedida, Jaime solo movió levemente la cabeza hacia el otro chico.

Por su parte, Mónica agitó la mano y se puso en movimiento hacia

la parte delantera de la casa.

Jaime observó a la pareja que se quedaba sola, reticente a irse.

—Jaime, si no vienes me llevo tu bicicleta —le amenazó la rubia tirando las llaves de la camioneta al aire para cogerlas de inmediato sin mirar atrás en ningún momento. Sabía que el joven seguía parado en el mismo sitio donde lo había dejado, sin ganas de irse.

Raquel le sonrió.

—Venga, que te deja en tierra —le señaló divertida.

Él asintió con la cabeza y salió corriendo tras Mónica, dejando solos a Raquel y Tony.

La pareja observó como desaparecían los dos jóvenes sin decir nada, hasta que el sonido de una cigarra rompió el silencio.

—Jaime es un poco peculiar —mencionó Tony de pronto.

La chica lo miró confusa, sin saber a qué venía ese comentario.

—Es un buen amigo.

—Ya... Amigo...

Raquel arrugó el entrecejo.

—Sí, un viejo y buen amigo —insistió apartándose de la mesa para dirigirse a la casa.

Tony la siguió de inmediato a cierta distancia por si necesitaba su ayuda. Tenía intención de tomarla del brazo, como cuando la había acompañado desde el embarcadero a la explanada donde cenaron, pero tenía miedo de que rechazara su contacto.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

Esta se detuvo en las escaleras y asintió. Apoyó su mano en la barandilla y tomó aire para subirlas. Tony, con rapidez le agarró la otra mano y la ayudó.

—Íbamos juntos al jardín de infancia —respondió a su pregunta—. Compartíamos la plastilina que nos comíamos.

—¿Comías plastilina? —se interesó poniendo cara de asco en cuanto estuvieron delante de la puerta.

Asintió sonriendo al mismo tiempo que se soltaba de su agarre.

Tony observó su mano con nostalgia, echando en falta su contacto.

—Y pinturas de cera...

Se rio.

—Me estás tomando el pelo.

Esta le apartó los mechones que le caían por la cara y le guiñó un ojo.

—Nunca lo sabrás. —Abrió la puerta y desapareció en el interior de la casa dejándolo en el porche con la boca abierta.

## Capítulo 5



Después de que Raquel dejara a Tony confundido ante su actitud en el porche, este se adentró entre los juncos con la excusa de que había dejado abandonadas las botas en el embarcadero —así se lo hizo saber a Josep—, buscando tiempo. Lo necesitaba para estar solo, para pensar en todo lo que había sucedido desde que llegara a ese lugar tan remoto de la geografía española y, con la ayuda de la linterna del móvil, se aventuró entre la vegetación hasta su objetivo.

No tardó en localizar su calzado y en enamorarse otra vez del paisaje que se abría frente a él. Del brillo del agua del lago bajo la luz de la luna y del firmamento estelar.

Avanzó con lentitud por la tarima de madera sin apartar la vista del lago inmóvil mientras el sonido de los animales nocturnos lo arropaba. Observó el negro cielo y, justo cuando llegaba al final del embarcadero, una estrella fugaz pasó por delante de sus ojos, dibujando el oscuro lienzo.

—Puede ser que reescriba las estrellas... —susurró en voz alta—. Lo que daría por lograrlo. Volver hacia atrás y que Raquel y yo nos reencontremos... —Se sentó en una de las butacas, sin fuerzas, y apoyó la cabeza en el respaldo de madera sin perder de vista el mapa estelar—. Raquel...

Acababa de hacer tres años desde la primera vez que coincidió con ella, desde que su prima había decidido salir corriendo tras él para que Raquel se hiciera una foto con su cantante favorito.

Con él.

—Tres años ya en los que apenas hemos coincidido y, cuando por fin la encuentro... —Suspiró—. Hemos compartido tan poco tiempo juntos que en verdad ni siquiera la conozco, no sé cómo es... Quizás solo me he enamorado de las fantasías que mi cabeza creó cuando necesitaba un ancla para sobrevivir en la locura en la que me vi inmerso. Y si todo esto es una locura... —pensó en voz alta.

Se llevó las manos a la cabeza y golpeó con el pie una pequeña piedra que acabó en el fondo del lago justo cuando su móvil comenzaba a sonar interrumpiendo la conversación que mantenía consigo mismo.

Miró la pantalla, extrañado de que alguien le llamara a esas horas, y no pudo evitar sonreír cuando leyó el nombre que reflejaba el móvil.

—Dime... —atendió.

—Yo también te quiero —soltó la voz de un joven al otro lado de la línea—. Oye, si estás muy ocupado, cuelgo sin problemas.

Tony se rio.

—Miguel, no seas tonto. Tengo tiempo para atender a un amigo pesado.

—Tonto y pesado... Vas haciendo méritos, amiguito.

El músico se carcajeó rompiendo el silencio de la noche.

—Perdona, perdona...

—Así me gusta —señaló el otro para callarse a continuación.

—Miguel..., ¿estás ahí? —Escuchó a su amigo reírse de fondo mientras oía una voz de mujer.

—Sí, perdona. Me distraían.

Tony se rio de nuevo.

—Puedo suponer qué tipo de distracción —señaló divertido al imaginarse a su amigo en el bar al que acudían siempre que estaban juntos, prestando atención a una chica que acabara de entrar en el local.

—Ya tú sabes, amigo.

Este se carcajeó al mismo tiempo que Miguel.

—Ya sé, ya sé... Anda, dime por qué me has llamado.

Su amigo se puso serio y le dijo:

—Martín estaba preocupado.

—¿Está Martín contigo?

—Sí, acompañado de un botellín. Es el rey de la fiesta —indicó irónico.

El músico se rio al imaginarse la escena: Miguel habría ligado con una chica y estaría intentando sin mucho éxito que su amigo se emparejara con la amiga de su nuevo ligue.

—Por lo menos esta vez le habrás dejado la guapa, ¿verdad?

—Claro —le respondió demasiado rápido para ser cierto.

—Ya veo. —Se rio—. Anda, dime por qué Martín está preocupado.

—Espera, que te lo paso.

—¿Tony?

Escuchó la voz de su amigo con claridad a pesar del ruido de música de fondo y las voces de los camareros.

—Hola, Martín. ¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —preguntó este.

—Sí.

—¿Va todo bien? —reformuló la pregunta de inmediato.

—Bueno... —Se levantó de la butaca de madera y observó la quietud del lago—. Es difícil de explicar.

—¿Raquel está bien?

Desde que se había alejado de los focos y de los escenarios, había retomado la amistad que tenía con Martín y Miguel, jurándose que no volvería a perderla por nada que se interpusiera entre ellos. Los había echado mucho en falta. Sus consejos, sus ánimos, pero sobre todo esa amistad que se da y no se espera nada a cambio de ella.

Habían vuelto a su vida y no pensaba dejarlos escapar nunca más.

Confiaba en ellos y necesitaba esa confianza mutua, por lo que, siguiendo esa premisa, les había contado todo lo referente a Raquel.

Lo que había significado en su vida, lejos de ellos, y como estaba convencido, si no hubiera sido por sus amigos, de que el encuentro que tuvieron aquella noche había sido fruto de su imaginación.

Se alegraron cuando les informó de que se había reencontrado con ella cuando decidió volver a estudiar y le apoyaron durante esos nueve meses en los que había estado lejos de Raquel.

Miguel y Martín sabían que había ido en su búsqueda y que estaba en ese momento allí, cerca de ella.

—Tony... —le llamó de nuevo su amigo, devolviéndolo al presente.

—Sí, perdona. Sí, sí... Está bien —respondió a su pregunta—. Lo que Mónica, su prima, me ha ido informando todos estos días era cierto. Ha perdido peso y está algo débil...

—Secuelas del tratamiento —indicó Martín.

—Sí, pero está más preciosa que nunca.

Su amigo sonrió al escucharlo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No sé... —Se sentó en el borde del embarcadero y metió los pies en el agua sin importarle mojarse la pernera del vaquero—. Quizás todo esto es un error.

—Espera —le reclamó su amigo mientras le escuchaba pedir disculpas a las personas con las que debía cruzarse en su camino para salir del pub en el que se encontraba—. ¿Sigues ahí?

—Sí —musitó.

Martín se movió hacia el callejón que había cerca del local esperando encontrarse con menos gente y de ese modo poder hablar con tranquilidad con su amigo.

—¿Qué ha pasado cuando te ha visto?

—Nada... Bueno, sí... Por Dios, no sé. Parezco un niño que no sabe muy bien lo que quiere. —Su amigo se rio al otro lado de la línea—. Y encima te descojonas de mí.

—No, tonto. Es que tendrías que escucharte.

—Ya lo hago —soltó sin ganas.

—No, no lo haces —comentó Martín con seriedad, atrayendo la atención del músico—. Sientes por esa chica mucho más de lo que nunca has imaginado.

—Sé que es especial, que la quiero...

—Tony, es ella.

—¿Ella?

—La que buscabas entre tus canciones, la que sonreía en cada nota musical o lloraba entre tus partituras. Es la chica que buscas cuando tocas el piano y te alejas del mundo real. Es quien llena tus sueños, la que consiguió devolverte a nosotros y con la que solo puedes ser feliz.

—Pero ella no quiere que esté aquí —se excusó sin rebatirlo.

—¿Te lo ha dicho Raquel?

—No.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque me rehúye, no me habla o se aleja de mí, aunque...

—¿Aunque?

—Sus ojos me dicen lo contrario —explicó—. Ella los obliga a no mirarme, pero tienen voluntad propia y siento como me llaman. ¿Tiene sentido?

Martín sonrió apoyándose en una pared cercana, observando el cielo contaminado de la ciudad.

—Tiene mucho sentido.

—Pues estoy más perdido que un pingüino en el Caribe.

El joven estalló en carcajadas al escucharlo.

—Eso se llama amor, amigo.

Tony bufó al mismo tiempo que daba una patada al agua, salpicándose con fuerza.

—No sé qué tengo que hacer.

Martín cortó sus risas y se puso serio.

—No hagas nada. El cosmos tiene ya su plan preestablecido —afirmó con rotundidad—. Y ahora te tengo que dejar. Miguel está solo

y puede liarla.

Tony sonrió ante esa verdad.

—Está bien. Ya hablamos.

—Hablamos —se despidió y colgó el móvil.

El músico se tumbó sobre la tarima de madera y observó las estrellas.

—Más vale que ese plan acabe bien... —amenazó al cosmos tapándose los ojos con el brazo y suspirando al mismo tiempo.

## Capítulo 6



Estaba en la cama, mirando absorto el techo de madera de la casa mientras los ruidos de la noche lo envolvían y sus pensamientos se amontonaban en su cabeza impidiéndole dormir. Se incorporó en el colchón y observó lo que le rodeaba.

El padre de Raquel lo había instalado en una pequeña habitación del primer piso de la casa, donde una cama ocupaba la mayor parte del espacio. Una mesilla pequeña con una lámpara, una cómoda y una silla, donde había dejado apoyada la mochila que llevaba para el viaje y en la que guardaba el poco equipaje que se había traído, eran los únicos muebles de ese cuarto. Se incorporó y se acercó a la ventana, desde la que podía ver la luna que se reflejaba en el lago.

Ningún ruido rompía la quietud de esa estampa.

Ningún sonido, salvo el de la misma naturaleza, se escuchaba de fondo impidiendo el descanso o al contrario.

—Quizás es por esta tranquilidad por la que no puedo dormir —se dijo a sí mismo—. Ni una sirena, ni una carretera ni voces... —Sonrió—. Estoy demasiado acostumbrado a la ciudad.

Giró sobre sus pies y la cama le devolvió una imagen nada apacible. Se resistía a acostarse de nuevo si debía luchar por alcanzar el sueño.

Expulsó el aire que retenía y tomó una decisión: bajaría a por un vaso de agua que tal vez le ayudara a dormir.

Salió del dormitorio intentando hacer el menor ruido posible y descendió descalzo las escaleras hasta la planta de abajo, donde un salón amplio ocupaba el mayor espacio de la vivienda. Dos sofás grandes y cómodos estaban situados delante de una chimenea de ladrillos apagada en ese momento que se erguía sobre una plataforma en la que distintos libros se amontonaban en dispar orden. No le había dado tiempo a comprobar qué títulos formaban parte de esa colección, pero cuando los vio sí reconoció algunas portadas, pudiendo asegurar que algunas de esas obras estaban en su casa ahora mismo.

No le extrañaba que en el hogar de Josep Torres hubiera libros relacionados con la música.

Descendió el último escalón y el piano de cola que había captado su atención en cuanto traspasó la puerta de la casa volvió a atraerle. Con un armazón de madera de nogal que le proporcionaba una tonalidad oscura, a juego con el banco desde donde se podría apreciar la afinación de sus teclas o por lo menos eso es lo que pensaba, ya que no había podido tocarlas, ocupaba el lugar por excelencia de la habitación.

El padre de Raquel no dudó en invitarlo a probarlo cuando se dio cuenta de cómo lo admiraba, pero de inmediato declinó la oferta. No se veía capacitado para abandonar el instrumento una vez que hubiera comenzado a sentir sus teclas.

De hecho, en ese instante tuvo que obligarse a apartar la mirada del piano en cuanto dejó atrás las escaleras, recordándose a sí mismo que había ido a por un vaso de agua.

No estaba solo en la casa, por lo que no podía ponerse a tocar a esas horas...

—Es una tentación, ¿verdad?

La voz de Raquel lo sorprendió.

Buscó a oscuras a la joven, que hasta ese momento había pasado desapercibida, hallando un bulto que estaba cerca de una de las ventanas.

—¿Qué haces despierta? —se interesó acercándose hasta ella, que estaba cobijada en un sillón de grandes orejas.

Se encogió de hombros.

—Duermo poco...

Tony se apoyó en un pequeño poyete de madera que salía de la ventana y la observó en silencio.

El tiempo pasó sin que ninguno de los dos añadiera nada más, compartiendo miradas que ponían voz a sus sentimientos, pero con miedo a expresar en palabras lo que se decían en silencio.

—¿Tú tampoco podías dormir? —indagó la joven al cabo de un tiempo.

Este se estiró, miró a través de la ventana el paisaje nocturno y suspiró.

—Con esta tranquilidad me está costando conciliar el sueño. — Movió la mano abarcando lo que los rodeaba.

Raquel sonrió cómplice. Sabía de lo que hablaba.

—Cuando llevo un tiempo fuera de aquí, me sucede lo mismo al regresar. Tanto silencio... —susurró—. Pero luego se echa en falta. Hay demasiado ruido en Madrid.

Tony se rio.

—Un ruido entrañable.

Ella se carcajeó.

—Sí, sobre todo entrañable.

Ambos se observaron sonriendo. Parecía como si volvieran los dos jóvenes que habían compartido tanto en tan poco tiempo. Esas conversaciones disparatadas que uno empezaba y el otro acababa.

Su cercanía...

Tantas cosas que Tony había echado en falta al llegar a ese lugar y que le dio la sensación de haberlas perdido cuando hablaron por primera vez después de nueve meses. Si no hubiera sido por la negra mirada, hubiera pensado que se trataba de otra Raquel.

—O puede que sea mi cabeza la que no me deja descansar. —Tentó

a la suerte.

— ¿Por?

La observó ofreciéndole media sonrisa traviesa.

— Hay una personita que se ha metido muy dentro de ella y me está volviendo loco.

Las mejillas femeninas adquirieron una tonalidad rosácea al mismo tiempo que apartaba los ojos del músico.

— Perdona...

Se acuclilló delante de ella y atrapó sus manos heladas. Se las llevó hasta la boca y sopló buscando calentarlas.

— No tienes por qué disculparte — indicó—. Yo soy quien decide estar en esta situación. — Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y le acarició la mejilla, atrayendo su rostro con el roce.

— Si te sirve de consuelo, yo también estoy hecha un lío.

Tony sonrió ante la confesión. Se arrodilló en el suelo, buscando una posición mejor, y atrapó su cara con las dos manos.

— Es la mejor noticia que he recibido desde que he llegado. — Raquel también sonrió, pero no dijo nada más mientras sentía sus caricias—. Te he echado de menos.

— Y yo...

Se incorporó levemente, lo justo para poder apoyar la cabeza en la de ella y que sus respiraciones se entrelazaran.

— Creo que me voy a hacer fan de los desvelos a media noche.

— ¿Por qué? — preguntó divertida.

— Porque consiguen soltarte la lengua.

Se rio ante su ocurrencia.

— La verdad es que tu llegada me pilló desprevenida.

— Lo entiendo.

— No te esperaba. No sabía muy bien cómo actuar...

Tony le dio un beso en la mejilla.

— Te comprendo. A mí me pasó lo mismo.

Se apartó de él y lo miró incrédula.

—No te creo.

Asintió mientras se sentaba en el suelo con las piernas dobladas, alejándose de ella.

Raquel se sintió desnuda al no estar arropada por su cercanía.

—Tenía mucho miedo y, si no hubiera sido por la insistencia de tu prima...

—¿De Mónica?

Sonrió con timidez rascándose la nuca.

—Ella ha sido quien me ha tenido al día de tu estado.

—Será entrometida.

Se rio.

—No te enfades con ella. —Apoyó las manos en el suelo y la miró—. Gracias a Mónica he sabido de ti. No me cogías el teléfono...

Raquel expulsó el aire que retenía e hizo un mohín con los labios.

—Lo sé, lo sé... Pero no estaba preparada. Ha sido todo muy complicado...

Tony, observando su desasosiego, se incorporó de inmediato y atrapó su cara para enfrentar su mirada.

—Tranquila. Lo sé y lo comprendo... —Dudó por unos segundos, desviando su mirada hasta que volvió a buscar sus ojos—. Al principio me costó... Salí de esa habitación del hospital prometiéndote que no me apartaría de ti...

—Lo recuerdo —indicó moviendo la cabeza afirmativamente.

—Eso es lo que me pidió tu prima... Que te diera tiempo. Y me costó. —Volvió a su posición original, dejando caer su cuerpo sin fuerzas sobre el suelo de madera—. Estaba como loco. No sabía cómo actuar. Quería venir corriendo para estar a tu lado. —Se pasó la mano por el cabello y observó las estrellas a través de la ventana—. Al no tener noticias tuyas, tuve que hablar con Mónica y ella fue la que me rogó ese tiempo. Tiempo para ti, para nosotros... —susurró recordando la conversación que tuvo con la joven—. Me prometió que me mantendría informado de todo lo relacionado con tu enfermedad,

de tus tratamientos y de tu estado, pero a cambio no debía aparecer en tu vida hasta que ella considerara que era el momento adecuado.

Raquel se levantó con lentitud del sillón, atrapó la mano que le ofrecía y se sentó sobre él. Apoyó la cabeza en su pecho y su olor inundó sus fosas nasales. Había añorado su aroma cítrico que tanto le recordaba al verano, a la estación en la que se encontraban.

—Gracias...

—¿Por qué?

—Por tu paciencia, por tu preocupación, por estar ahí... —Levantó la cabeza y lo miró—. Aunque estabas lejos, me has acompañado cada día.

Él arqueó una de sus cejas confuso.

—¿Cómo?

Sonrió con timidez.

—He vuelto a escuchar tus canciones, tu música...

Se carcajeó al mismo tiempo que enredaba sus dedos por el corto cabello de ella.

—Dime que no se te ha ocurrido escuchar el último disco, por favor.

Negó mordiéndose el labio.

—Sigue en el desván, cogiendo polvo.

Le dio en la punta de la nariz y asintió.

—Así me gusta.

Esta asintió y volvió a apoyarse en el pecho masculino, dejando que sus manos le acariciaran la espalda.

—Tony... —lo llamó pasados unos minutos en los que habían estado en silencio compartiendo su reencuentro.

—Dime.

—Tengo miedo...

Ante su confidencia, detuvo sus caricias, llevó las manos hasta sus caderas y la levantó para su sorpresa, recolocándola a horcajadas sobre él. La agarró de la barbilla y enfrentó su negra mirada.

—Y yo, pero juntos podremos enfrentarnos a todo lo que surja.  
Ella asintió regalándole una sonrisa que Tony no dudó en borrar con rapidez al robarle un dulce beso.

## Capítulo 7



Los trinos de los pájaros entraron por la ventana abierta junto al olor de los alimentos que se cocinaban en el primer piso. Un rugido procedente de su estómago arrancó una sonrisa a Raquel, que se volvió en la cama buscando a Tony, pero no lo encontró.

Estaba sola en su dormitorio.

Pasó la mano por la marca que había en el colchón y sonrió de nuevo al recordar lo bien que había descansado, cobijada entre los brazos del músico.

Tenía que reconocer que hacía mucho tiempo que no dormía tan plácidamente como esa noche y solo se lo debía a él.

Recordó como Tony la había levantado en brazos tras comprobar que se quedaba dormida encima de él y, a pesar de sus quejas, la llevó hasta su habitación para depositarla sobre la cama. La tapó con la colcha, le dio un beso en la frente y, tras mantener entrelazadas sus miradas durante lo que le pareció una eternidad, le deseó dulces sueños.

Intentó alejarse de la cama, pero no lo logró.

Raquel, con rapidez, atrapó su mano y le rogó que se quedara con ella.

El músico dudó.

Observó la habitación buscando alguna excusa que les convenciera a ambos pero, tras enfocar su atención de nuevo sobre ella, mostró que su resistencia era muy débil.

—Solo dormir... —insistió a media voz con ojos suplicantes.

Él se llevó la mano a la nuca.

—Solo dormir, que estás muy débil y...

Sin dudarlo, Raquel se movió hacia un lado de la cama para dejarle espacio y que pudiera acostarse junto a ella, arrancándole una profunda carcajada que cortó de inmediato cuando le chistó con fuerza.

—Vas a despertar a mi padre.

Tony se tumbó en el colchón, pasó el brazo por debajo de la cabeza de ella y los arropó a ambos con la colcha.

—Y eso no podemos permitirnoslo.

Negó antes de apoyarse sobre su hombro con una gran sonrisa.

—Te echaría de aquí si supiera que estás ahora mismo conmigo.

Le acarició la mejilla y susurró:

—Pues tendremos cuidado...

Raquel no recordaba nada más de la conversación, por lo que supuso que se había quedado dormida con rapidez.

No se volvió a despertar en toda la noche.

Se incorporó un poco sobre la cama y buscó el despertador que había sobre la mesilla. Las agujas que tenían en sus puntas notas musicales en lugar de flechas marcaban las doce del mediodía, confirmándole que había descansado como hacía tiempo que no lo hacía.

Suspiró al recordar la sonrisa de Tony y se levantó sin dilación.

Tenía muchas ganas de verlo.

Se observó en el espejo de cuerpo entero que tenía en la puerta del armario, se recolocó un poco el cabello y con el pijama, un pantalón gris y una camiseta rosa, salió de la habitación.

Las voces de su padre y de Tony le llegaron con claridad. Hablaban de música, de grupos y solistas clásicos que mezclaban con los más modernos. Debatían sobre la mejor década de la música de

nuestro país y cuando Raquel abrió la puerta blanca de la cocina, llegaban a la misma conclusión: la mejor música era la de los ochenta.

Ella no pudo sino reírse cuando se los encontró.

—Ya veo que estáis muy entretenidos.

Josep se acercó hasta ella y le dio un beso.

—Buenos días, Bella Durmiente. ¿Te apetece comer algo?

Se acomodó en uno de los taburetes que había cerca de la isla central y que hacía las veces de mesa cuando la familia decidía comer en la cocina, y observó el plato vacío de Tony, donde se veían restos de sirope.

—¿Tortitas? —preguntó con una sonrisa.

—Tortitas —le confirmó él guiñando un ojo.

—¿Te apetecen, cariño?

Raquel miró a su padre y se tocó la barriga.

—Me he levantado con apetito.

Este no dudó en darle un nuevo beso y con una sonrisa complaciente se puso manos a la obra para prepararle la comida.

—¿Qué tal has dormido? —se interesó Tony atrapando su mano.

Las mejillas femeninas se sonrojaron ante la pregunta.

—Bien. Gracias —musitó en voz baja.

Él le apretó las manos y asintió feliz.

—Me alegro.

—Marchando una de tortitas —comentó de pronto el padre de la joven, girándose sobre sí mismo con un plato entre las manos a tiempo de ver como Tony soltaba la mano de su hija. No pudo más que sonreír ante el gesto.

Dejó el desayuno delante de una Raquel algo tímida y le acercó los cubiertos.

—¿Solo una? —interrogó la joven con rapidez en cuanto se dio cuenta de que solo había un dulce redondo en su plato.

Josep se carcajeó. Le revolvió el cabello y recogió el plato vacío de Tony.

—Vamos a ir despacio, cariño. Primero cómete esa tortita y, si te quedas con hambre, te hago más.

Raquel tomó el bote de sirope de arce y bañó el desayuno con el dulce líquido.

—De acuerdo —confirmó tras cortar un trocito para llevárselo a la boca.

Los dos hombres no le quitaron los ojos de encima, observando con detenimiento como masticaba despacio la tortita para llevarse a continuación otro cacho a la boca.

Ambos se miraron conformes.

—Y bien, ¿qué vais a hacer hoy? —los interrogó el padre de Raquel.

Los jóvenes se miraron sin saber muy bien qué responder.

Raquel se encogió de hombros.

—No había pensado en nada.

Su padre comenzó a fregar los platos que habían utilizado para el desayuno.

—¿Por qué no le enseñas la zona?

Observó la espalda del hombre extrañada ante su sugerencia.

—Papá, creo que no tendría fuerzas suficientes para ello. ¿Y Dulce? Ella podría enseñarle esto.

—¿Y si vamos en moto? —propuso el músico.

Josep cerró el grifo del agua y los miró mientras se secaba las manos con un trapo.

—Tu hermana ha salido temprano.

—Buenos días. —La puerta de la cocina se abrió dejando paso a Lucas.

Detrás de él iban Mónica y su hermano Israel.

—Hola, familia —saludó la joven rubia al mismo tiempo que le daba un beso a su prima—. ¿Cómo estás?

—Mejor —respondió su padre por ella.

—Se ha levantado con apetito —añadió Tony.

—Es un buen síntoma de que todo marcha bien —indicó Lucas con una sonrisa mientras revolvía el cabello de su paciente—. Hola, no nos presentaron como es debido en el hospital. —Le ofreció la mano al músico, que no dudó en estrecharla—. Soy Lucas.

—El doctor Ferrán —puntualizó Mónica, sentándose al lado de Raquel.

—Lucas —le corrigió él—. Todavía no he acabado las prácticas.

—Para nosotros ya eres el doctorcito —señaló riéndose el otro joven que había entrado con ellos—. Yo soy Isra, el hermano de Mónica. —Movi6 la cabeza señalando a la prima de Raquel.

Era verdad que se parecían mucho. No porque los dos fueran rubios, sino porque compartían rasgos apreciables en sus rostros, además de unos ojos azules increíbles.

—Y los dos son mis sobrinos —Josep aclaró lo evidente.

El músico observó a los presentes y sonrió.

—Hola a todos. Yo soy Tony.

—El músico —añadió Isra—. Que no te sienta mal, chico, pero hemos tenido que sufrirte muchos años. —Abrazó por detrás a su prima—. ¿A que sí, pequeñaja?

Raquel agachó la mirada, cohibida.

—Déjala en paz, Isra —lo regañó su hermana—. ¿Y qué hacíais? —preguntó intentando cambiar de tema.

—Acabamos de terminar de desayunar —respondió Tony.

—¿A estas horas? —Israel miró extrañado su móvil.

—No hace mucho que tu prima se ha despertado —aclaró Josep.

—¿Has dormido bien hoy? —se interesó Mónica apartando el cabello de Raquel de su rostro, en un gesto cariñoso.

—Como hacía días que no lo hacía —respondió ella mirando a Tony.

Los reunidos en la cocina observaron a la pareja sin saber muy bien lo que había sucedido esa noche entre ellos, pero felices del resultado.

—Otro buen síntoma —comentó Lucas atrayendo la atención de todos—. Está yendo todo muy bien, Raquel.

Esta asintió, conforme con sus palabras por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y qué pensabais hacer ahora? —los interrogó Mónica.

—Yo iba a comerme este plátano —respondió su hermano cerrando la puerta de la nevera.

—No seas tonto. A ti no te preguntaba —le reprendió la rubia.

—Le estaba sugiriendo a Raquel que le enseñara la zona...

—Pero no sé, papá, si es buena idea —le interrumpió su hija.

—¿Por qué no? —preguntó Lucas apoyándose en la encimera de la cocina con los brazos cruzados, sin apartar la vista de su paciente.

Esta se encogió de hombros.

—Por si no me encuentro bien —respondió de forma dubitativa.

—Puede que te sienta bien. Tienes mejor color de piel y te vendría bien que te diera un poco el aire.

—Le había propuesto ir en moto...

—Mejor en coche —aconsejó el médico guiñándole un ojo.

—Llévate mi todoterreno —le indicó el padre de Raquel.

—Venga, que subo contigo para que te cambies de ropa —la animó Mónica obligándola a levantarse del taburete que ocupaba.

—Y luego podéis venir a comer con nosotros a la hamburguesería de Ceci —propuso Israel ocupando el asiento que Raquel había abandonado, para que no tuviera opción de sentarse de nuevo en él.

Raquel miró a los presentes y asintió sin estar muy convencida de lo que allí sucedía. Se llevó una mano a la cabeza y negó, desapareciendo por la puerta de la cocina, acompañada de su prima, sin saber muy bien lo que había pasado.

## Capítulo 8



Desde que la pareja salió de la casa no habían vuelto a dirigirse la palabra.

En silencio, con la vista fija en la carretera, Tony conducía el Toyota Land Cruiser del padre de Raquel, mientras tamborileaba el volante cada poco tiempo buscando algún tema de conversación que rompiera el ambiente del interior del vehículo; pero, por mucho que lo intentaba, no encontraba nada que comentar.

La joven, sentada en el asiento del acompañante, tenía el cuerpo inclinado hacia la puerta, la cabeza apoyada en el reposacabezas y la mirada perdida en el exterior, en una posición que no animaba a su compañero a entablar ninguna charla.

Tony no sabía qué ocurría, pero no estaba dispuesto a retroceder las casillas que había avanzado la noche anterior.

Expulsó el aire que retenía y, cuando un pequeño camino de arena asomó por su derecha, giró con brusquedad el volante haciendo que el todoterreno se adentrara por el estrecho desvío. Frenó y miró a su acompañante.

Raquel lo observó confusa.

— ¿Qué haces?

— Dímelo tú — espetó.

— No sé a qué te refieres. — Apartó sus ojos de él para mirar sus manos.

Tony suspiró mientras se retiraba el cabello de la cara.

—Esta mañana me ha parecido que estábamos bien y ahora...

Lo miró con rapidez.

—Sí, sí...

—¿Entonces? —Agarró su mano, tirando de ella hacia su cuerpo.

—Es que... —Apoyó la mano en la camiseta gris con la imagen del grupo de *grunge* Nirvana, pero no dijo nada.

Tony la agarró de la barbilla, levantándole el rostro para enfrentar su mirada.

—Raquel, nada de mentiras. Deja la timidez fuera y dime sin miedos qué te ocurre. Necesito que confíes en mí. Siempre.

Ella asintió y sonrió avergonzada.

—Es una tontería.

Le acarició la mejilla.

—Nada es una tontería si viene de ti.

Sus mejillas adquirieron un tono rosado. Negó con la cabeza y se alejó de su agarre, apoyando la espalda en la puerta.

—Es solo que me ha dado la sensación de ser una marioneta a la que movían los hilos esta mañana, al gusto de terceros.

Él arrugó el ceño, desconcertado.

—No te entiendo.

Lo miró con furia y le aclaró:

—Os habéis aliado todos contra mí.

La carcajada varonil la sorprendió.

—¿Lo dices por este viaje?

Asintió enfurruñada.

—Habéis decidido que debía salir de casa sin pensar en lo que a mí me apetecía...

Agarró su mano y tiró de ella hacia su cuerpo de nuevo, interrumpiendo su explicación. La colocó encima de él a horcajadas y pasó con reverencia las manos de sus piernas desnudas, ya que llevaba un pantalón vaquero corto que las dejaba visibles a cualquier

mirada, a su cara. Una posición incómoda, ya que les estorbaba el volante del vehículo, pero Tony necesitaba tenerla cerca.

—¿Quieres que regresemos? —preguntó solícito.

—No —susurró ella.

—Entonces, ¿qué quieres? —se interesó mientras deslizaba las manos por su espalda.

—Que me dejéis decidir a mí... —rogó—. A pesar de mi enfermedad todavía puedo decidir por mí misma lo que deseo hacer.

Tony asintió y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tranquila, que no volverá a suceder.

Sonrió agradecida.

—Gracias... —Su voz se rompió al observar la intensa mirada del músico.

—Raquel...

—¿Sí? —preguntó a media voz.

—Te voy a besar —le advirtió con voz grave—. Necesito saber que quieres que te...

Raquel se abalanzó sobre él, acallándolo.

Atrapó su labio inferior para pasar a continuación al superior, saboreando su boca con lentitud.

La respuesta de Tony fue inmediata. Abrió la boca permitiendo que su lengua la acariciara, instando a su pareja a imitarlo. No pudo evitar suspirar de placer cuando la joven entreabrió los labios y la caricia húmeda se incrementó.

Sus manos se adentraron por debajo de la blusa rosa y ascendieron poco a poco por la espalda desnuda, trazando dibujos inconexos mientras la atraía aún más hacia su cuerpo. Separó sus bocas y le regaló una juguetona sonrisa para a continuación dirigirse al cuello, donde el color de la piel era tan diferente a la del resto del cuerpo. La besó con dulzura, la acarició con la lengua con delicadeza, dejando un rastro húmedo por su piel, consiguiendo que la respiración de Raquel se acelerara. Descendió en su recorrido hasta el lugar donde el cuello

se junta con el hombro y lo mordió, dejando su huella al mismo tiempo que ella jadeaba.

—Sabes a fresa —señaló divertido.

La risa femenina lo envolvió.

—Es por la crema que me he echado. Protección solar pantalla total frutas silvestres —dijo sonriendo como si fuera un anuncio publicitario.

Tony se carcajeó y volvió a besarla en el hombro.

—Me gusta —indicó con voz ronca mientras apartaba el minúsculo tirante que sujetaba la blusa y la volvía a besar en repetidas ocasiones hasta llegar a su pecho desnudo.

Elevó su mirada brevemente, atrayendo su atención.

Sus negros ojos brillaban de expectación. Su boca entreabierta lo invitaba a robarle un nuevo beso, pero la tentación...

Fijó su mirada en el pequeño montículo y se relamió.

Las caderas de la joven se movieron instintivamente.

El roce de sus vaqueros intensificó el momento. Su miembro endurecido invitó a Raquel a que se moviera de nuevo sobre él, gimiendo de placer.

Tony se pasó la lengua por los labios y sin más demora atrapó el pezón enhiesto, arrancándole a su dueña un grito de satisfacción.

Lamió el pequeño bulto rosado, mordió el pezón con ansiedad y volvió a lamer su piel con avidez renovada, para besarlo de nuevo.

La joven se echó hacia atrás y apoyó su espalda en el volante, permitiendo a su amante un mejor acceso a su cuerpo, provocando que la blusa descendiera con libertad dejando libre el otro seno, que atrajo de inmediato la atención del músico.

Sintió como su boca atrapaba el otro pecho, envidioso de su gemelo, y gimió de placer al sentir la succión de sus labios. Atrapó su mano y, sin ninguna timidez, la llevó hasta el pecho solitario para que le prodigara ansiosas caricias.

La estaba volviendo loca.

Sentía como su cuerpo se acaloraba y en su estómago nacía una montaña rusa que la elevaba hasta cotas inimaginables. Se agarró a los hombros masculinos y comenzó a moverse sobre Tony buscando un mayor acercamiento. Sintió que la erección del músico crecía, aprisionada bajo sus vaqueros, y como su cuerpo se envalentonaba moviéndose, buscando el placer que aumentaba con la fricción.

El joven se alejó de sus pechos y atrapó su boca con un beso voraz. Posó las manos sobre sus hombros y la animó a que cabalgara sobre él, al mismo tiempo que le robaba un nuevo beso.

Sus movimientos aumentaron.

Sus gemidos crecieron alcanzando el clímax final.

Raquel se inclinó hacia atrás suspirando satisfecha y Tony besó su cuello una vez más.

Sus respiraciones se ralentizaron.

El músico recolocó la blusa con delicadeza, no sin antes volver a besar los pequeños senos, y sonrió a su dueña.

— ¿Estás bien?

Movió la cabeza de manera afirmativa, se apoyó en su hombro y lo abrazó.

— Muy bien.

## Capítulo 9



Después de su encuentro decidieron retomar su excursión.

—Te voy a llevar a un sitio muy especial —le anunció Raquel sentándose de nuevo en su sitio con la ayuda del músico. Se abrochó el cinturón de seguridad y le indicó que avanzara con cuidado por el estrecho camino en el que se encontraban.

Sin dudarle, Tony puso en marcha el vehículo y avanzó por la vía indicada, pareja al discurrir de un río, hasta que no pudo seguir más.

Delante de ellos había un amplio vergel que formaba casi un muro natural tan alto como ellos dos.

La joven abrió la puerta y descendió del todoterreno.

—Espera... —la llamó mientras apagaba el motor y se apresuraba a seguirla—. ¿Seguro que estás bien? —le preguntó atrapando su brazo y mirándola a los ojos.

Raquel le dio la mano con fuerza y asintió.

—Hacía tiempo que no me encontraba tan bien.

Le dio un beso al escucharla.

—Pues dime, ¿adónde vamos?

Señaló el muro natural que se alzaba ante ellos.

—Por allí.

—¿Estás loca?

Ella se rio feliz.

—Empiezo a sospechar que sí. —Tiró de él y lo animó a seguirla.

Llegaron a un pasillo que se abría entre el follaje y se adentraron con cuidado por él sin soltarse las manos. Cuando Tony pensaba que habían terminado por perderse en ese laberinto, la luz solar lo deslumbró.

—Ya hemos llegado —le anunció ella.

La imagen que tenían delante lo dejó con la boca abierta.

Ante ellos se erguía un gran granero del que surgía una rueda inmensa que se apoyaba sobre el río que les había acompañado todo el viaje.

—Es precioso...

Raquel sonrió feliz de que lo creyera.

—¿A qué sí? Lo descubrí por casualidad una tarde y desde entonces —giró sobre sí misma con los brazos abiertos— vengo aquí cuando necesito escaparme de mi familia.

Tony la miró embobado.

—¿Necesitas escaparte de tu familia? —indagó siguiéndola hacia el edificio de madera.

Se encogió de hombros.

—A veces pueden llegar a ser... —dudó— algo agobiantes.

Este se carcajeó.

—Como debe ser una familia.

Raquel lo miró en cuanto llegaron a la puerta del granero y le ofreció su mano, que no dudó en tomar.

—¿Y tu familia también es así?

Él se encogió de hombros mientras observaba el interior de la construcción. Una enorme bóveda de madera conformaba el techo, amparando un segundo piso al que se llegaba por medio de unas escaleras. La luz del sol se colaba por las viejas rendijas, prueba de que necesitaba una buena reforma.

—Mi familia está en Estados Unidos —explicó sorprendiéndola—. Hace tiempo que decidieron marcharse. Lo llaman «la tierra de las oportunidades».

Raquel se volvió brevemente, mientras subía las escaleras que les llevarían a la planta superior, al notar cierto resquemor en la voz de su compañero.

—¿Y te dejaron solo? —preguntó extrañada.

Tony posó su mano en una de las piernas desnudas de la joven y le guiñó un ojo pícaro.

—Era mayor de edad y acababa de comenzar mi carrera musical...

Ella gruñó de forma poco femenina para seguir ascendiendo a la planta de arriba seguida por él.

—No es excusa —señaló enfadada llevándose sus manos a las caderas.

Tony no pudo evitar reírse en cuanto estuvo a su lado, al verla en ese estado.

—Era lo mejor —indicó—. A Zoe, mi hermana pequeña, le habían ofrecido una beca para estudiar allí y no querían que se fuera sola.

Raquel le dio un beso y lo agarró de la mano.

—Te has debido de sentir muy solo —comentó para sorpresa de él. Este encogió un hombro y le sonrió.

—A veces...

Lo abrazó por la cintura y le susurró:

—No volverá a pasar.

Los ojos pardos brillaron ante la promesa. Posó las manos a ambos lados de su cara y le robó un nuevo beso.

—Y ahora, ¿por qué me has traído hasta aquí arriba?

Ella le regaló una sonrisa cómplice, tomó su mano y lo llevó hasta el gran vano que había en un lado de la pared de madera. La imagen que observó lo dejó sin palabras.

Delante de él apareció un paisaje increíble. La gran pradera verde se expandía hasta el horizonte, solo rota por la vereda del río que la surcaba como una serpiente.

—Allí está el pueblo. —Raquel señaló con la mano los pequeños edificios que se veían en la lejanía—. Y por ese lado, mi casa.

Tony observó una gran arboleda de un verde más oscuro que se arremolinaba alrededor del lago que había cerca del hogar de la joven.

— Es increíble.

— ¿A que tienes miedo de que en cualquier momento aparezcan las musas?

## Capítulo 10



Tony la miró anonadado ante su pregunta. Vio como se sentaba en el borde de la ventana, dejando que sus piernas colgaran por el exterior del edificio, y palmeaba el suelo de madera, animándole a que la imitara.

Desde esa posición tenían muy cerca la gran rueda que estaba apoyada en la pared del granero y que se escondía entre el agua del río. Las maderas habían perdido el brillo de antaño, sustituido por el musgo que la humedad provocaba, pero que al mismo tiempo la impregnaba de un toque romántico.

El silencio los arropó, dejando que los minutos se sucedieran sin que ninguno de los dos se atreviera a hablar.

Tony, por no saber por dónde empezar.

Raquel, con temor de insistirle mucho y que acabara rehusando contarle nada.

—Las musas son muy caprichosas... —murmuró más para sí que para que ella le escuchara.

Ella lo observó en silencio, esperando que continuara hablando, pero no ocurrió. Atrapó su mano y entrelazó sus dedos.

—¿Qué pasó? —preguntó—. Si no quieres decírmelo, no pasa nada, pero pienso que te vendría bien contarlo.

Tony la miró brevemente, atrapó uno de sus mechones y se lo recolocó detrás de la oreja. Se levantó del suelo y se alejó de ella hasta el otro lado del granero.

La oscuridad del interior del edificio lo arropó.

—Era todo muy nuevo... —recordó atrayendo la atención de Raquel—. Tenía delante de mí el contrato que todo músico ansiaba. Una discográfica se había fijado en mi trabajo después de tanto tiempo y firmé como si acabara de cumplir un sueño.

—Era tu sueño —subrayó mirándolo.

—Sí... No... —Gruñó con fuerza al mismo tiempo que golpeaba el aire con la mano—. Quería que mi música llegara a más gente, que mis letras conquistaran nuevos oídos...

—Lo conseguiste —le interrumpió Raquel.

Tony asintió sin demasiada convicción. Se acercó a ella y se sentó de nuevo a su lado, atrapando sus manos.

—No era mi música —confesó—. Era el que cantaba, pero no eran mis letras y no las sentía como mías.

—Pero eso es lo que suele suceder en la empresa musical, o por lo menos es lo que mi padre me ha dicho. Son pocas las ocasiones en que un músico que compone canta sus propias canciones y más alguien que acaba de empezar.

—Lo sé y no quiero que pienses que el ego me superó —indicó acariciándole la mano—. Era muy consciente de lo que podía encontrarme cuando firmé ese contrato, pero...

—¿Pero? —lo animó a continuar.

Este miró el paisaje que se extendía a sus pies y soltó el aire que retenía en su interior.

—Un día llegué al estudio y me dieron un *pack* con las canciones que formarían parte de mi primer disco. Las escuché y pensé que no podían ser más diferentes a lo que yo representaba, a mi música, pero cedí. Creí que, si cantaba esos temas, en el siguiente disco podría ofrecer mis propias composiciones.

Raquel asintió ante sus palabras.

—Es lo más lógico.

—Esa era mi esperanza —confirmó con pesar—. Mientras tanto,

decidí disfrutar de lo que esa nueva situación me aportaría. Conocí gente interesante y otra... —dudó— no tanto. Empecé a prestar más atención a los compromisos que me obligaba la discográfica, a reunirme con las personas que ellos elegían... Nació un nuevo Tony, uno muy popular que siempre estaba acompañado, pero al mismo tiempo muy solo. ¿Sabes eso que dicen de que a veces los sueños se cumplen para convertirse en pesadillas? —Raquel asintió—. Eso es lo que sentía. Cuando los focos se apagaban y me quedaba solo en mi apartamento, no tenía a nadie de confianza cerca. Las traiciones, las zancadillas y los empujones se repiten muy a menudo en este mundillo. —En su rostro apareció una triste sonrisa que Raquel intentó borrar con un beso.

—Mi padre también ha sufrido algunas experiencias que no ha querido comentar en casa. No quería que Dulce o yo sufriéramos también, aunque siempre se lo notábamos. Pero, por lo que he vivido, te puedo decir que los mejores amigos que tiene ahora mismo están relacionados de alguna forma con la música.

Tony asintió poco convencido.

—Será que he tenido mala suerte...

—O que habrá que escarbar más profundamente para que salgan a la luz.

Se rio ante el símil, viéndose acompañado enseguida por ella.

—Tendré que insistir más.

—Hazlo, puedes sorprenderte cuando menos lo esperes. —Le apartó el cabello de la cara—. Además, no creo que estuvieras tan solo como dices.

La cara de Tony se transformó de repente, tornando de la tristeza a la felicidad en un segundo.

—Estaba o, mejor dicho, está Alejandro.

—¿Tu agente?

Él asintió.

—Sí, llegó a mi vida justo cuando discutía con la discográfica las

condiciones del nuevo disco. Me habían prometido que podría componer algunos temas...

—Sí —afirmó recordando lo que le había explicado con anterioridad.

—Pues no estaban muy por la labor.

—Pero eso no es lo que hablaban contigo.

Este se encogió de hombros.

—Conocí a Alejandro por casualidad. Lo había visto merodeando en algunos conciertos y siempre iba acompañado de cantantes o grupos que acababan de surgir, y me aventuré a hablar con él.

—¿Qué pasó? ¿Te ayudó?

Tony se rio al comprobar su preocupación.

—Sí, me ayudó. Convenció a la discográfica para que me diera tiempo para «reencontrarme». Les dijo que no sería un buen producto si no estaba contento...

—Pero tú no eres un producto. Eres una persona —saltó indignada.

—Lo sé, pero para ellos es lo que soy: un producto que hay que vender.

Raquel bufó con fuerza.

—Aunque lo entiendo, no es algo que me agrade.

Tony sonrió al observar su enfado, se acercó hasta ella y le dio un beso.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser como eres.

Encogió uno de sus hombros y le guiñó un ojo.

—Pues estás de suerte, porque ya no puedo cambiar.

Ambos se rieron ante esa afirmación. Se tumbaron sobre el suelo de madera y fijaron su vista en el techo del granero.

—¿Y los convenció? —le preguntó al cabo de un tiempo.

Tony se volvió hacia ella confuso.

—¿De qué?

—Alejandro, ¿los convenció de que te dieran tiempo? —repitiendo más detalles.

Asintió sin apartar su mirada de ella.

—Se podría decir que sí. —Pasó sus dedos por el rostro femenino con lentitud—. Me han dado unos meses en los que debo... —titubeó por unos segundos— encontrar mi esencia.

Raquel se incorporó indignada.

—¿Tu esencia? —Él movió la cabeza de forma afirmativa—. Serán... Fueron ellos los que hicieron que la perdieras —gritó.

—Tú lo sabes. Yo lo sé, e incluso Alejandro también, pero decidimos que la mejor solución era aventurarnos a entrar en su juego.

Una de las cejas de Raquel se elevó.

—¿Su juego?

—Ellos quieren que «recupere mi esencia» —movió los dedos simulando unas comillas imaginarias— y yo necesito tiempo para saber si quiero volver.

Raquel lo miró extrañada, se sentó con las piernas cruzadas y lo interrogó:

—¿No quieres regresar?

Estuvo a punto de negar con la cabeza, pero en el último momento decidió no hacerlo.

—En verdad, no sé lo que deseo hacer.

—Explícamelo —rogó atrayendo su mirada.

Se acercó hasta su cara y le dio un beso en la punta de la nariz.

—No te voy a negar que no me gusta que mis discos invadan las tiendas o que mis canciones se escuchen en la radio, pero tengo miedo de perderme de nuevo...

—Eso no pasará —le interrumpió—. Ya te ocurrió una vez y puedes evitarlo.

—Sí, pero...

Esta chascó la lengua contra el paladar y levantó su dedo índice para silenciarlo.

—Además, no estarás solo en esta ocasión.

Tony sonrió.

—¿No?

—No —respondió con una gran sonrisa—. Me dijiste que retomaste la relación con tus amigos, por lo que no creo que quieran que te alejes de ellos una vez más.

Se rio pensando en Martín y Miguel.

—Mi vida correría peligro si se me ocurriera hacerlo.

—Además, al haber vuelto a la universidad, siempre tendrás los pies bien anclados a la realidad. No creo que tus amigos dejen que abandones tus estudios.

Negó con la cabeza.

—He descubierto que me gusta demasiado la Filología Hispánica para dejarla ahora.

—Ves... —Le dio con el dedo índice en el hombro, empujándolo.

—¿Y tú? —preguntó atrapando su dedo.

—Yo, qué.

Tiró de ella hacia su cuerpo, tumbándola sobre él.

—¿Estarías a mi lado?

—Tendría que pensármelo —respondió traviesa.

Tony posó las manos en su trasero y la colocó encima de su entrepierna, que comenzaba a cobrar vida.

—¿Qué puedo hacer para que lo pienses deprisa?

Puso los ojos en blanco.

—No sé, no sé...

Los dedos del joven se colaron por debajo del corto pantalón, llegando hasta su pubis húmedo, haciéndola saltar ante la intromisión.

—Podría convencerte —susurró con voz ronca.

Raquel miró sus ojos pardos y se mordió el labio inferior.

—Me gustaría ver cómo lo consigues...

La boca masculina se cernió sobre la de ella, silenciándola.

## Capítulo 11



Iban ya en el coche de regreso al pueblo, donde habían quedado para comer. Sin darse cuenta, la hora se les había echado encima, pero ninguno de los dos se sentía culpable.

Tony atrapó su mano y se la llevó a la boca dándole un beso.

— ¿Cómo te encuentras?

Movió la cabeza de forma afirmativa y le regaló una sonrisa.

— Mejor que nunca.

Este también sonrió ante su respuesta.

— Querría ser egoísta ahora mismo...

— ¿Y eso? — preguntó divertida.

— Porque no me apetece nada compartirte — se sinceró.

Raquel tiró de su cinturón para que le permitiera acercarse hasta él y le dio un beso.

— A mí tampoco me apetece.

— Podemos huir y escondernos — sugirió.

La risa femenina resonó en el interior del vehículo.

— ¿Adónde iríamos?

— A la tierra de Fantasía con Atreyu y Fújur.<sup>1</sup>

Raquel sonrió ante su respuesta.

— Sería un estupendo viaje.

El músico le dio un nuevo beso en la mano.

— Un increíble viaje.

— Tony...

—Dime —la animó a que hablara sin apartar la vista de la carretera.

—En el granero dijiste que quieren que encuentres tu esencia.

—Así es —confirmó lo que le había explicado con anterioridad.

—En realidad, ¿qué es lo que buscan?

El joven se carcajeó, la miró de medio lado y sonrió.

—Que fracase.

—¿Qué quieres decir?

Este suspiró al mismo tiempo que el Toyota negro entraba en el pueblo.

—¿Hacia dónde voy? —preguntó buscando las indicaciones necesarias para llegar a la hamburguesería de Ceci, donde habían quedado.

Raquel se recolocó en el asiento y movió la mano.

—Sigue recto y, pasadas dos calles, gira a la derecha. Luego todo recto. No tiene pérdida.

Él asintió, poniendo el intermitente derecho en cuanto se acercó al desvío que le había indicado.

—¿Voy bien?

—Sí, por ahí. —Señaló con el brazo la dirección que debían tomar—. Al final de la calle está el bar y, Tony...

—Sí...

—Respóndeme.

Este se rio ante el tono de exigencia.

—¿No te rindes nunca?

Negó con la cabeza.

—Estoy aprendiendo del mayor cabezota.

—Perdona, yo no soy cabezota.

Raquel se rio al observar la cara inocente con que la miraba.

—No, para nada. —Se rio de nuevo—. Y ahora, contesta.

Separó una de las manos del volante y se rascó la cabeza.

—¿No has pensado en hacerte policía?

—Tony...

—Está bien, está bien. —Suspiró—. Los convencimos... —dudó por unos segundos cómo explicarse—, más bien Alejandro los convenció de que me dieran tiempo para componer. Les llevaría una gran canción y así recobraría mi esencia.

—¿Y aceptaron? —preguntó Raquel incrédula.

—Nosotros tampoco lo creímos en un primer momento, pero...

—¿Pero?

—Opinamos que piensan que voy a fracasar o que, les lleve lo que les lleve, se van a negar en redondo a incluirla en el disco.

Ella gruñó atrayendo la atención de Tony, que acercó el dedo a su mejilla.

—Cambia ese gesto.

—¿Qué gesto? —preguntó enfurruñada.

El músico aparcó delante de un edificio en el que, en un cartel con grandes letras rojas, se podía leer «Ceci», y apagó el motor del vehículo.

—Raquel, es una prueba.

—Una prueba que no sabéis si saldrá bien.

Tony desabrochó el cinturón de la joven y la atrajo hacia él.

—La vida es una prueba constante en la que nunca sabes si conseguirás alcanzar tus objetivos. Hay que trabajar duro para lograrlos y aun así ese trabajo no te garantiza que lo logres.

—No es justo.

—La vida no es justa. —Raquel asintió—. Somos nosotros quienes debemos alcanzar esa justicia.

—¿Y si no lo consigues?

—¿La canción? —Ella movió la cabeza afirmativamente—. Tendré que cantar sus temas.

—¿Sean los que sean? —Tony asintió—. ¿Por eso dices que no sabes si volverás?

—Hay un contrato que debo cumplir... —La joven emitió un

gruñido poco femenino—. Alejandro está estudiándolo para ver si podemos romperlo de alguna forma.

Lo miró con esperanza. No conocía personalmente a su agente, pero ya le caía muy bien con lo poco que le había contado de él.

—¿Y por qué temes a las musas?

—No les tengo miedo —respondió dubitativo.

Raquel sonrió.

—Te he visto y no me engañas. —Buscó sus ojos marrones—. Sé por tu mirada cuando ves algo que te apasiona, como la imagen del granero o el paisaje desde la ventana, que podrías haberte perdido componiendo en ese instante; por tus manos cuando las abres y las cierras en presencia del piano de casa reteniendo tu ansia por tocarlo, o por tu mentón apretado que no te atreves ni a acariciar sus teclas. No te dejas llevar.

Este le golpeó la punta de la nariz y le sonrió.

—Eres muy lista, ¿no?

—No, solo es que vivo cerca de un apasionado de la música y he conocido a muchos otros músicos o compositores en mi corta vida.

—¿Y tú también eres cantante?

Ella negó con demasiada fuerza.

—Eso es un tiempo pasado.

—Pero yo quiero que me lo cuentes.

Volvió a mover la cabeza de forma negativa.

—No cambies de tema y explícame por qué no quieres componer o tocar el piano.

Tony fijó su atención en los ojos negros y decidió que por ahora lo mejor era aparcar ese tema para otro momento.

—Vale, me rindo. —Suspiró—. Sí, tengo miedo.

—¿A qué?

—A que no consiga esa canción, la letra que llegue al corazón de esos fríos empresarios y que me permita reencontrarme. No sé si

puedo ser el antiguo Tony que... —se calló de pronto y enfrentó su mirada— te conquistó, Raquel.

La joven posó las manos a ambos lados de su cara sin apartar sus ojos negros de los pardos.

—El antiguo Tony no volverá...

—Pero...

Chistó acallándole.

—No puede regresar tras lo que has vivido. Todos somos un cúmulo de experiencias que nos moldean con los años, haciendo que cambiemos, que nos transformemos, pero sin perder nunca la esencia de quienes somos. Eso, tu esencia —le señaló con el dedo en el corazón—, es lo que consigue que tus canciones, tus letras, sean perfectas y que termines enamorando a la gente que las escucha. Tienes que buscar esa esencia que quieren que encuentres y que yo sé que sigue ahí dentro. —Apoyó la palma de la mano en su pecho.

Este asintió convencido con su discurso, posó la mano en su nuca y la acercó hasta sus labios pero, para sorpresa de ella, no le dio un beso.

—Tengo una duda —anunció a media voz.

—Dime.

—¿Estás enamorada de mis canciones o de mí?

Raquel no pudo evitar reírse, le dio un sutil beso y se apartó de su lado.

—No sabía que estábamos hablando de amor —espetó divertida abriendo la puerta del Toyota para salir al exterior lo más rápidamente que le permitían sus piernas.

## Capítulo 12



Tony salió corriendo tras Raquel, atrapándola justo cuando llegaba a la puerta del bar. Tomó su mano y ella le sonrió.

— ¿Estás preparado?

— ¿Preparado para qué?

La joven abrió la puerta del local y lo miró divertida.

— Para el tercer grado que te van a hacer mis amigos.

El músico miró al fondo del local, centrando sus ojos en el grupo que les esperaba, y tragó con dificultad.

— Si te soy sincero, tengo algo de miedo.

Esta se carcajeó atrayendo la atención de los allí reunidos.

— No te preocupes. — Le dio un beso en la mejilla—. Te ayudaré.

— ¡Raquel! — Mónica la llamó levantando la mano para que la viera.

La pareja, tras intercambiar miradas cómplices, se dirigió hacia ella.

El bar de Ceci era un establecimiento pequeño compuesto de una barra de madera y unas pocas mesas, algunas pegadas a la pared y otras desperdigadas por el local. Las sillas eran de madera, de dispares modelos, y los bancos corridos que había cerca de la pared tenían un tapizado rojo similar al color usado por el cartel exterior donde indicaban el nombre del sitio. De las paredes colgaban imágenes de Marilyn Monroe en diferentes posiciones y con diversas

texturas. Algunas en blanco y negro y otras a todo color donde los labios pintados de carmín rojo resaltaban sobre el resto de los matices.

—Llegáis tarde —comentó Jaime de forma brusca en cuanto se acercaron.

—Nos entretuvimos —le explicó Raquel sentándose en el hueco libre que había dejado su primo al levantarse del banco, cerca de Mónica.

Jaime miró con recelo a Tony para devolver su atención a la joven desde su asiento, pegado a la pared y enfrente de la chica rubia.

—Tony, ¿me ayudas con la mesa? —le pidió Israel señalando el mueble que había cerca de ellos.

—Voy —respondió él no sin antes darle un beso a Raquel en la boca, separándose de ella con una amplia sonrisa.

Mónica la golpeó con el codo en el estómago.

—Oye, ¿qué ha sido eso?

Ella le guiñó un ojo y devolvió la atención al joven que llevaba toda la mañana a su lado.

—Un beso —respondió con tranquilidad.

—Perdona, eso ha sido «el beso». —Su prima movió las manos como si estuviera abarcando un gran cartel.

—No seas tonta —la recriminó riéndose.

Mónica se rio con ella y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegro —señaló en tono confidencial—. Se te ve muy bien.

—Me siento muy bien —comentó observando como Israel y Tony acercaban una mesa a la de ellas, junto con dos sillas que colocaron alrededor de la misma.

—Ya está —anunció el primo de Raquel, sentándose en una de las sillas al mismo tiempo que atrapaba su jarra de cerveza—. ¿Qué vamos a comer?

—Hamburguesa, ¿no? —indicó sin ninguna duda su hermana.

—Quizás el músico prefiera otra cosa —mencionó Jaime con tono áspero, interviniendo en la conversación por primera vez.

Tony negó con la cabeza.

—Hamburguesa estará bien.

Raquel se rio y posó su mano sobre la pierna del músico, atrayendo su atención.

—Las hamburguesas de Ceci son muy famosas.

—Tanto que todos los camioneros que tienen su ruta por esta zona paran para comerlas —añadió Mónica llevándose la pajita de su refresco a la boca.

—Incluso algunos se han desviado muchos kilómetros para comerse una de sus hamburguesas —indicó divertido Israel.

—¿Tan buenas están? —se interesó extrañado el músico.

—Están increíbles —le respondió Raquel guiñándole un ojo.

—¿Qué va a ser, chicos? —preguntó una mujer mayor acercándose a la mesa con una libreta y un lápiz en la mano. Tenía el pelo corto y rizado, de color blanco con una tonalidad rosada, y unas gafas ovaladas moradas que iban a juego con el vestido *pin-up* que llevaba. Un delantal blanco con su nombre en rojo en uno de los tirantes evidenciaba que era la misma dueña del establecimiento la que tomaba los pedidos.

—Cinco hamburguesas especiales y patatas, Ceci —apuntó Israel.

—¿Y qué quieren beber los recién llegados? —Miró a Raquel y a Tony esperando su pedido.

—Yo, agua...

—¿Solo agua, preciosa? —Esta asintió—. ¿Y el guapo mozo?

Las mejillas de Tony enrojecieron ante el piropo de la mujer.

—Lo mismo que Israel.

Esta le guiñó un ojo, conforme con su petición.

—Veinte minutos y estarán en vuestras mesas —señaló mientras se iba.

—No tardes, Ceci, que tenemos mucha hambre —le reclamó Mónica.

—Pues haber venido antes, monina.

Los jóvenes se carcajearon ante la respuesta de la dueña del local.

—Es... —dudó Tony—, peculiar —la describió sin saber muy bien qué decir.

—Muy peculiar —repitió el hermano de Mónica, haciendo que todos se rieran de nuevo.

Jaime se llevó su refresco a la boca mascullando palabras sin sentido. Era el único que no se divertía.

—¿Y Lucas? —indagó de pronto Raquel.

—Tenía una cita —contestó su primo con aire conspirador.

La joven miró a Mónica, que de pronto había cesado de reírse.

—Sí, una cita —confirmó a regañadientes.

—¿Estás bien? —se interesó por ella.

Esta se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué no debería estar bien? Necesito ir al baño —señaló sin esperar respuesta a su pregunta.

—Claro, claro... —comentó Raquel mientras empujaba a Tony para que le permitiera levantarse y así pudiera dejar pasar a su prima.

En cuanto esta desapareció, Raquel ocupó el espacio libre de Mónica y arrastró con ella a Tony.

—Así, cuando vuelva, no la molestaremos.

—Es una buena idea —señaló el músico.

—Sí, una gran idea —comentó Jaime atrayendo la atención de su amiga, que lo miró extrañada.

—¿Estás bien?

—Sí, mejor que nunca —respondió de forma irónica—. Israel, ¿te importa?

El joven rubio negó con la cabeza, moviéndose hacia un lado para permitirle el paso.

—¿Adónde vas? —le preguntó Raquel confusa.

—Necesito tomar un poco el aire.

—Pero... —No pudo acabar la frase, ya que él ya se dirigía hacia la puerta de la calle sin esperar a ver qué le decía.

—¿Dónde está Jaime? —los interrogó Mónica en cuanto regresó a la mesa.

—Fuera —respondió lacónicamente su prima—. Creo que debería... —Movi6 la cabeza hacia Tony y este, sin ninguna indicaci6n m6s, se movi6 para dejarla pasar.

Los tres j6venes observaron como Raquel salía del establecimiento tras su amigo.

—¿Qué ocurre? —curiose6 Israel bajando el tono de voz.

Mónica se recogió el cabello en una cola de caballo y mir6 a los dos chicos que estaban con ella.

—Jaime est6 enamorado de Raquel.

—¡No me jodas! —solt6 su hermano de golpe.

—Eres imposible. ¿No me digas que no te habías dado cuenta?

Neg6 con la cabeza, incrédulo ante lo que escuchaba.

—Yo lo noté en cuanto nuestras miradas se cruzaron —coment6 Tony para sorpresa de los dos hermanos, bebiendo de la cerveza que acababa de dejar delante de él una camarera.

## Capítulo 13



Raquel encontró a Jaime sentado en un banco del porche.

Estaba con las piernas estiradas, ocupando todo el espacio que tenía por delante. Iba vestido con un pantalón vaquero que le llegaba hasta las rodillas y una camiseta gris dos tallas más grande que él. Las bambas blancas estaban oscurecidas por las manchas que había acumulado con el tiempo y en sus manos observó rastros de grasa.

Raquel sonrió ante esa apreciación y pensó que de seguro, antes de venir al bar de Ceci, había estado liado con alguno de sus cachivaches. Le encantaba destripar objetos antiguos, clásicos que desmontaba pieza a pieza para luego montarlos de nuevo. Lo llamaba restauración, a lo que ella le decía que eso no era otra cosa sino que le gustaba fisgar en el interior de lo que le rodeaba.

Se sentó a su lado sin decir nada, dejando que el armonioso silencio los envolviera.

Eso era lo que a Raquel le gustaba de la relación que tenía con Jaime: la paz que le transmitía, la tranquilidad que compartían, tan distinta al barullo de su familia.

Con él podía relajarse.

— ¿Qué sucede?

El joven estiró los brazos por encima de su cabeza y suspiró.

— No lo sé.

— No me vengas con tonterías, Jaime. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para que ahora me mientas. Si hasta te he visto

desnudo.

Jaime se rio.

—Éramos unos críos.

Ella le golpeó la pierna.

—Unos críos muy adorables —apuntilló sonriente.

Este atrapó su mano y entrelazó sus dedos.

—Creo que habría más de uno que podría llevarte la contraria sobre eso.

—¡Qué se atrevan! —soltó riéndose.

Jaime no tardó en sumarse a la diversión.

Raquel se sentó de lado para verle mejor la cara y dobló una de sus piernas sobre el banco.

—Y ahora, cabezón mío —Jaime elevó una de sus cejas al oír cómo le llamaba—, ¿me quieres decir qué sucede?

Él se llevó una mano a la nuca y la miró de reojo.

—Quizás que hayamos compartido tanto...

—Hasta la plastilina que nos comíamos. —Elevó su dedo apuntando un dato que a ella le parecía muy relevante.

Jaime sonrió, atrapó su dedo y asintió.

—Incluso la plastilina ha hecho que me enamorara de ti.

Raquel lo miró sin comprender.

—Pero, Jaime...

Se encogió de hombros.

—No pude evitarlo.

La joven le pasó la mano con cariño por su cabello castaño.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Pensaba... —dudó por unos segundos—, pensé que con el tiempo me corresponderías.

Ella miró para ambos lados, sin saber muy bien qué decir o hacer.

—Yo...

Chistó silenciándola. Atrapó su rostro y buscó su negra mirada.

—No digas nada. Esto me lo he buscado yo solito...

—No, quizás...

Siseó acallándola de nuevo y apoyó su frente sobre la de ella.

—Sé que para ti solo soy tu amigo. —Ella asintió sin apartarse de él—. Lo entiendo y lo comprendo. Eres la mejor persona que conozco y estoy muy orgulloso de que seas mi amiga.

Raquel posó la mano en su mejilla y buscó su verde mirada.

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Suspiró al mismo tiempo que se apartaba de su lado. Se levantó del banco y le dio la espalda, llevando sus manos a los bolsillos traseros del pantalón—. Solo que tengo que hacerme a la idea de que no estarás a mi lado como yo pensaba.

La joven se acercó a su amigo y lo abrazó por detrás.

—Jaime, eres parte muy importante de mi vida.

El chico atrapó sus manos, pero no la miró.

—Y tú de la mía —replicó—. Solo... necesito tiempo.

Raquel asintió y apoyó la cabeza en su espalda.

—Pero dame tu palabra de que no vas a desaparecer.

Se volvió hacia ella, tomó su barbilla para enfrentar su mirada y negó con la cabeza.

—Jamás —prometió—. Además, tengo que estar cerca por si a ese musiquillo se le ocurre dejarte.

Raquel lo miró confusa.

—¿Por?

—Para darle una paliza y obligarlo a que vuelva a tu lado.

Le dio un golpe en el estómago, haciendo que se encogiera ante el ataque.

—No seas tonto.

—¿Yo, tonto? —Se señaló a sí mismo con el dedo—. Aquí la única que está muy tontita por los huesos de alguien de ahí dentro —movió la mano hacia el bar— eres tú, guapa.

Las mejillas de la chica enrojecieron.

—¿Tanto se me nota?

Él posó las manos a ambos lados de la cara de su amiga y asintió.

—No podrías ocultarlo aunque quisieras. —Le dio un beso en la frente y le regaló una tierna sonrisa.

—Tengo miedo —confesó.

—¿De qué?

—De que se trate de un espejismo. Tras tanta felicidad siempre llega una mala noticia. Y si... —titubeó llevándose las manos al cuello y sus ojos negros se llenaron de lágrimas.

Jaime no dudó en abrazarla.

—Todo irá bien. Ya lo verás.

—¿Y si el tratamiento no ha funcionado y...?

El joven la apartó de su lado, elevó su rostro y buscó su mirada mientras le limpiaba de la cara las lágrimas que derramaba.

—Lucas dice que todo está yendo muy bien y últimamente te encuentras mejor. —Ella asintió ante sus palabras—. Además, por mucho que me fastidie, desde que ha llegado Tony se te ve más feliz, lo que ayuda para que tu cuerpo se recupere antes. —Le acarició el cabello y le golpeó la punta de la nariz—. Tienes mejor cara, sonrías más a menudo e incluso te ríes.

—Eso ya lo hacía con vosotros...

Él negó con la cabeza.

—Sí, pero de forma distinta. —Suspiró y la abrazó de nuevo—. Creo que Tony es un buen medicamento para ti.

—¿Me lo recetaría, doctor? —preguntó divertida.

Jaime le dio un beso en la mejilla y asintió.

—Por supuesto, señora. —Y le guiñó un ojo siguiéndole el juego.

Raquel movió la cabeza afirmando y le agarró la mano.

—Vamos dentro, que seguro que Ceci ya habrá preparado las hamburguesas.

—Mejor me voy a casa...

—¿Por qué?

Él le acarició la cara y sonrió.

—Es lo mejor. Necesito algo de tiempo para poder veros juntos. —  
Le dio un beso en la mejilla.

Le devolvió el beso.

—Está bien, pero acuérdate de tu promesa. —Y levantó el dedo de  
forma amenazante.

Este se llevó los dedos índice y corazón hasta la sien, y le guiñó un  
ojo.

—No se me olvidará. —Se dio media vuelta y se dirigió hasta una  
bicicleta que reposaba sobre la pared del local.

Raquel no lo perdió de vista hasta que se montó en su vehículo de  
dos ruedas para desaparecer entre las calles, dejándola sola.

## Capítulo 14



—¿Y Jaime? —le preguntó Mónica en cuanto se acercó a la mesa.

—Ha tenido que irse —les anunció, sentándose cerca de Tony.

—¿Estás bien? —le preguntó el músico a media voz dándole un beso en la mano.

Ella asintió ofreciéndole una sonrisa para cambiar de conversación de inmediato.

—Ya veo que has probado las hamburguesas de Ceci —señaló divertida observando que le quedaba la mitad del plato especial de la casa.

Israel se carcajeó.

—No ha parado de comer desde que ha llegado a la mesa hasta que has aparecido por la puerta.

Tony se limpió la boca con una servilleta de papel y sonrió.

—Tenía que comprobar que estaba tan buena como decíais.

Raquel lo empujó con el hombro.

—¿Y ha pasado la prueba?

Él asintió, atrapando de nuevo la hamburguesa para darle otro bocado.

—¿Tú no comes? —le preguntó Mónica al comprobar que no probaba bocado.

—Sí, sí... —Cogió una patata y se la llevó a la boca.

—Así me gusta —afirmó su prima.

—Poco a poco y lo que veas que admite tu estómago —le aconsejó el músico.

Esta apoyó la cabeza en su hombro.

—Eso haré.

—La hamburguesa de Jaime me la como yo —soltó Israel sin previo aviso, atrapando el plato solitario que iba a ser para su amigo, para acercárselo a su lado.

—¿No has tenido suficiente con la tuya? —le preguntó su hermana.

Él se llevó las manos hasta su firme estómago.

—Tengo que alimentar este estupendo cuerpo.

Mónica le tiró una patata que le golpeó en la nariz.

—No seas bravucón.

Israel sonrió con picardía.

—No soy bravucón, pregunta a las mujeres que me persiguen.

Raquel se carcajeó.

—¿Mujeres? Di mejor niñas que acaban de salir de parvularios.

Mónica se rio a la par que su prima ante el comentario.

Israel miró a las dos chicas, se llevó la hamburguesa a la boca y la mordió sin apartar los ojos de ellas.

—No juguéis con fuego, que os podéis quemar —masculló con la boca llena.

Raquel le tiró a la cara una servilleta que había estrujado hasta hacer una bola.

—No seas guarro.

Mónica se rio.

—Hermanito, ¿cuántas veces tengo que decirte que no se habla con la boca llena?

Tony se carcajeó atrayendo la atención del trío y Raquel le ofreció una sonrisa cómplice.

—¿Te estás divirtiendo? —le preguntó Israel tras beber de su cerveza.

—Mejor que en el circo —señaló divertido.

El hermano de Mónica se rio ante su comentario, expulsando cerveza por la boca sin poder evitarlo.

—¡Isra! —gritaron las dos chicas a la vez, al mismo tiempo que se levantaban de sus sillas alejándose de él con la mayor rapidez posible.

—Perdón, perdón... —se disculpó mientras atrapaba las servilletas que Tony le ofrecía para poder limpiarse.

—Ya veo que no nos echas de menos.

Los cuatro jóvenes miraron a los recién llegados. Dos chicos de más o menos la edad de Tony.

Uno era muy alto, con el pelo castaño a media melena escondido debajo de un gorro verde. Vestía un vaquero negro y una camiseta vaquera que llevaba metida por el interior del pantalón, con las mangas arremangadas, dejando a la vista unos brazos musculosos.

El otro era más bajo que él, pero con su mirada azul oscura imponía tanto respeto que no era necesario alcanzarlo en estatura. Vestía un vaquero azul, desgastado en las rodillas, y una camiseta del mismo color que se le amoldaba al cuerpo a la perfección.

—¿Miguel, Martín?... ¿Qué hacéis aquí? —El músico se levantó del banco y se acercó a sus amigos.

—Martín pensó que nos necesitabas —indicó Miguel abrazándose a Tony para saludarlo.

El músico le ofreció la mano al mencionado para que se la estrechara.

—Gracias.

El más bajo de los tres amigos tiró de Tony y lo abrazó.

—No tienes por qué darlas.

Raquel, Mónica e Israel observaban el encuentro como meros espectadores en un cine, mudos, pendientes de lo que allí se cocía para no perderse nada.

—¿Cuándo habéis llegado? ¿Dónde os alojáis?

—Hoy...

—De hecho hace apenas —Martín interrumpió a Miguel y miró su reloj de pulsera— diez minutos.

—Nos hospedamos en un hostel dos calles más arriba —respondió el joven del gorro a la segunda pregunta.

—En Dulce Hogar —Mónica mencionó el nombre del hostel atrayendo la atención del trío.

—Sí, creo que se llamaba así —confirmó Martín.

—Es el único hostel del pueblo, por lo que no puede haber pérdida —comentó Israel divertido.

—Pues ese mismo —afirmó el joven moreno.

—Oye, ¿tú eres la chica de la foto? —Miguel señaló a Raquel con el dedo.

Esta sintió como se sonrojaba ante la pregunta.

Tony se acercó hasta ella y tiró de su mano para llevarla ante sus amigos.

—Miguel, Martín... —movió la cabeza hacia cada uno de ellos—, esta es Raquel.

Sin dilación, Martín le dio dos besos.

—Es un placer volver a verte.

—Lo mismo digo —afirmó la joven algo cohibida.

—No sabes lo pesado que llegó a ponerse Tony mencionándote todo el tiempo —comentó Miguel haciéndola reír.

—No seas exagerado —le regañó su amigo.

—No, no soy exagerado... Martín, explícale a la chica que...

—Creo que no hace falta —le interrumpió este señalando con la cabeza a la pareja, que no paraban de intercambiar miradas.

El joven del gorro verde los observó y se carcajeó.

—No, creo que no hace falta.

—Y de mí, ¿qué? —preguntó Mónica atrayendo la atención de los dos chicos.

—¿De ti, qué? —repitió Miguel mostrándole una sonrisa estudiada con la que sabía que se llevaba a todas las chicas de calle.

Esta atrapó un mechón rubio con sus dedos y comenzó a jugar con él.

—Si no os acordáis de mí... —musitó tonteando con el amigo del músico.

Martín puso los ojos en blanco ante el espectáculo.

Israel observó a su hermana y se sentó en la silla suspirando.

—¿Tendría que acordarme de ti? —insistió Miguel.

—Es la compañera de Raquel, la que le hizo la foto... —intervino Martín rompiendo el teatro.

—Su prima —anunció Tony.

Mónica asintió con los ojos fijos en el chico alto.

—Ah... Ya me acuerdo. —Miguel dio una palmada en el aire—. ¿Esa chica tan guapa eras tú?

La joven rubia asintió mordiéndose el labio.

—Y también es mi hermana —añadió Israel atrayendo la atención del amigo de Tony.

Miguel pasó los ojos de Mónica a él en repetidas ocasiones, para ofrecerle su mano de inmediato a este último.

—Es un placer, amigo. Tienes una hermanita muy...

Martín golpeó la espalda del joven que llevaba el gorro.

—Simpática, simpática —terminó la frase por él.

—Una hermanita simpática que está vetada. —Se levantó de la silla y se puso a la par del amigo del músico.

Miguel levantó las manos en son de paz y sonrió.

—Tranquilo. Las hermanitas de mis amigos son mis hermanitas.

La joven rubia observaba la escena con la boca abierta y, sin previo aviso, se colocó en medio de los dos chicos con los brazos en jarras.

—Israel, ¿no estarás hablando en serio?

Su hermano miró al joven que había detrás de ella, por encima de la cabeza rubia, y sonrió.

—¿En que voy a compartir una cerveza con... Miguel? —Este asintió confirmando que se llamaba así—. Sí, hablo en serio.

—Me apunto —confirmó este yendo hacia la barra seguido de Israel.

Mónica emitió un grito de impotencia.

—No te lo tomes a pecho —le comentó Martín—. En el fondo lo hacen por tu bien.

La prima de Raquel observó al otro joven y suspiró.

—¿Me invitas a una Coca-Cola?

Martín observó a Tony y este asintió.

—¿De verdad que le estás pidiendo permiso a él? —interrogó Mónica incrédula mirando a los dos chicos.

El joven de pelo moreno pasó un brazo por encima de los hombros femeninos y la animó a acercarse a la barra, sin responder a su pregunta.

Raquel se rio ante la escena.

—Me gustan tus amigos —le dijo a Tony.

Este la miró a los ojos y le dio un beso.

—Y tú a ellos.

—¿Cómo lo sabes? Si ni siquiera me conocen.

—Porque si no ya se habrían marchado.

La joven levantó una ceja, incrédula.

—No puedes estar hablando en serio.

Él asintió con una enorme sonrisa en la cara.

—Habrían confirmado que me encontraba bien y, sin dudarlo, se habrían dado media vuelta para regresar al lugar del que hayan venido.

—Pues me alegro...

—Porque se han quedado.

Esta negó, atrapó su brazo y miró a la pandilla de amigos que estaban en la barra del bar charlando.

—Porque les caigo bien.

Tony asintió.

—¿Vamos con ellos?

—Ve tú, que necesito ir al aseo.

El chico le dio un beso en los labios y, sin despegar la mirada de la suya, le rogó:

—No tardes mucho, que los minutos sin ti se me hacen eternos.

Raquel le golpeó el hombro y se rio.

—Cómo se nota que eres compositor.

Él la miró confuso.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu poesía.

—¿Poesía? —preguntó sin saber muy bien a qué se refería.

—Pones poesía a cada palabra que dices; solo hace falta que la acompañe la melodía para que puedan realizar una danza perfecta.

Este le acarició los labios.

—Contigo es más fácil hacer poesía.

Raquel le dio un beso y miró sus ojos pardos.

—Pues conseguiremos esa canción que recupere tu esencia — prometió.

—¿Me vas a ayudar?

—Por supuesto. —Se atusó el corto cabello y le guiñó un ojo—. Ahora que hemos vuelto a reencontrarnos, «la chica de la foto» no piensa dejarte escapar.

Tony se rio.

—Y yo no quiero huir.

—Eh, parejita... —Los dos miraron a Israel, que les llamaba—, dejad tanta carantoña y venid a tomar algo.

—Vamos —afirmó el músico—. No tardes —le rogó a Raquel.

Esta asintió y le dio un nuevo beso.

—No notarás que me he ido.

Tony asintió, vio como se dirigía hacia el servicio y cuando giraba por el corredor estrecho que llevaba hasta los cuartos de baño, su mundo se derrumbó otra vez.

—¡Raquel!

## Capítulo 15



Se encontraban todos en casa de Raquel cuando la puerta de entrada se abrió.

Dulce y Mónica salieron corriendo de la cocina, seguidas por el hermano de esta última. Tras ellos llegaron Miguel y Martín, que habían decidido que no estarían tranquilos en el hostel sin saber del estado de la joven.

—Todo bien. No os preocupéis —dijo Josep nada más traspasar el umbral de la vivienda. Dejó las llaves del todoterreno en la mesita de la entrada y los miró con una sonrisa cansada—. Solo ha sido un pequeño susto.

—Demasiado esfuerzo para un día, además de que apenas había comido —indicó Lucas apareciendo por detrás del padre de Raquel.

Todos se relajaron en cuanto anunciaron el diagnóstico de la paciente.

—¿Y dónde está mi hermana? —se interesó Dulce tras darle un beso a su padre en la mejilla. Se notaba que estaba cansado.

—Fuera —respondió este dirigiéndose a la cocina—. Con Tony.

—Voy a ver cómo se encuentra —indicó Mónica yendo hacia la puerta para ir al encuentro de su prima.

Lucas se interpuso en su camino, impidiéndole continuar.

—Déjalos solos.

La rubia lo miró con cara de pocos amigos.

—No sé por qué debería hacerlo.

—Hermanita, haz caso al doctor —le rogó Israel—. Tony se quedó blanco cuando la vio en el suelo.

—No pronunció ninguna palabra hasta que se despidió de nosotros en la clínica —señaló Miguel quitándose el gorro, con el que se golpeó la mano.

—Mónica, déjales unos minutos —le insistió Martín.

La joven expulsó el aire que retenía sin saberlo y asintió.

—Me habéis convencido. —Se giró sobre sus pies para ir tras su tío, que ya estaba en la cocina.

—¿Tenéis hambre? —interrogó el hombre cuando los vio aparecer a todos ante él.

Un asentimiento unánime se escuchó en la habitación.

—Pues pedimos pizzas. Dulce, pásame el teléfono. —Su hija pequeña hizo lo que le indicaba sin protestar—. ¿Alguna especialidad? —Miró a los reunidos, que de inmediato comenzaron a discutir entre ellos sobre cuál era la mejor elección para comer.

\* \* \*

—Estás muy callado —comentó Raquel a media voz desde una de las butacas que había dentro de la pequeña cabaña que se alzaba en el jardín trasero.

Había decidido que no quería entrar en la casa. Necesitaba un poco de tranquilidad antes de verse rodeada por tanta gente que, aunque la querían y se preocupaban por ella, la iban a terminar agobiando, por lo que convenció a Tony para que se quedara a su lado. Quería enseñarle un sitio especial de la propiedad y su padre, al igual que Lucas, no tuvo objeción alguna en que lo hiciera.

Literalmente arrastró a Tony hasta el jardín trasero de la vivienda, ya que el músico pensaba que en su estado lo mejor era que descansara en su dormitorio y que dejara las excursiones para otro momento.

Lo guio hasta una pequeña cabaña construida sobre un árbol, a la que se accedía por siete empinados escalones. De color verde, salvo por el pequeño tejado marrón, favorecía su camuflaje el estar rodeada por la vegetación de la zona. Había unas cuantas macetas con plantas aromáticas diseminadas por las escaleras, además de en la pequeña tarima por la que se accedía al interior de la construcción.

En cuanto traspasaron la puerta ovalada, Tony se quedó mudo ante lo que vieron sus ojos. Estaba ante un pequeño refugio en el que dos butacas negras, en las que uno se podía tumbar de cuerpo entero, resaltaban en medio de tanto verde. La luz del sol entraba con libertad por algunos de los vanos artificiales que se habían abierto en la madera y la brisa del lago permitía que el aire del interior de la vivienda no se enrareciera.

El sonido de unas campanillas moviéndose llamó su atención. Buscó el origen del sonido y observó que en una esquina colgaban tres atrapasueños de diferentes tamaños, junto a un par de carrillones de viento de bronce que se movían gracias al aire que entraba por las pequeñas ventanas, entrechocándose entre sí y emitiendo un sonido relajante.

Tony se volvió para mirar a la joven y sintió como su corazón latía todavía sin control desde que había presenciado su desmayo.

—Estoy pensando —respondió al fin.

—Ya dijimos que no es muy sano —apuntilló ella sonriéndole.

Este le correspondió con otra sonrisa. Se acercó hasta ella y se sentó en el extremo de la butaca, a sus pies.

—¿Tienes frío? —se interesó cuando la vio temblar.

—Un poco, pero...

El músico se levantó de inmediato con intención de ir a buscar algo de ropa de abrigo para tapanla, pero Raquel lo detuvo.

—¿Adónde vas?

—A buscar alguna manta.

Le sonrió complacida al comprobar que se preocupaba por ella.

—En ese mueble hay algo que servirá. —Señaló una pequeña cómoda blanca a la que el músico se dirigió con rapidez.

Tony abrió una de sus puertas y sacó una especie de chal blanco.

—Esto estará bien —anunció conforme, acercándose hasta ella para arroparla con la prenda.

—Gracias.

Él negó con la cabeza.

—No tienes por qué darlas...

Raquel atrapó su mano antes de que se alejara de ella e insistió:

—Sí, tengo que darte las gracias, porque en esta vida no debemos olvidar que hay que ser agradecidos. Debemos dar las gracias por estar aquí, rodeados de nuestros seres queridos, y disfrutar de cada instante que nuestro corazón nos permita vivir. —Se llevó la mano del joven hasta su corazón para que sintiera su latir—. Y yo estoy muy agradecida por que estés a mi lado a pesar de los sustos que te pueda dar.

Tony se sentó cerca de ella y le apartó un mechón de cabello de la cara.

—Estoy aquí porque te quiero —confesó—. He esperado mucho tiempo para sentirme amado por una persona como tú y no pienso dejar que te vayas con facilidad.

Raquel no pudo evitar reírse.

—¿Y cómo soy?

Le acarició la mejilla con lentitud para descender por su cuello hasta el lugar en el que la vena carótida latía con velocidad.

—Generosa, tímida, pero al mismo tiempo valiente, porque luchas para conseguir lo que quieres. —Pasó sus dedos por el borde de la blusa—. Preciosa, con unos ojos que me roban el alma cada vez que me miran y una sonrisa... —Le acarició los labios—. Una sonrisa tan dulce que me dan ganas de perderme besándote, alejándome de la realidad que nos rodea.

Raquel tragó como pudo. De pronto sentía la garganta seca por las

palabras que le había prodigado Tony, como si hubiera caminado muchos kilómetros atravesando el desierto.

—¿Y cómo sabes que te amo? —se atrevió a preguntar.

—Porque solo podría querer con este amor tan puro a la persona que me correspondiera con el mismo fervor.

La joven sonrió con timidez.

—Dicen que los músicos tienen mucho ego.

Él le ofreció una sonrisa divertida.

—Dímelo tú —le indicó para su sorpresa—. Querías ser cantante, por lo que debes de saber mucho de ellos.

Se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la butaca para intentar distanciarse de él.

—Eso no es verdad.

Tony acortó la distancia que ella había intentado crear entre los dos y atrapó sus manos de nuevo.

—Explícamelo —le rogó.

Raquel miró una de las pequeñas ventanas que había cerca de donde se encontraban y observó como los pájaros sobrevolaban el cielo ya anaranjado.

—Mi padre era el que quería que cantara —declaró a media voz—. Deseaba que una de sus hijas entrara en su compañía para poder dirigir su carrera musical.

—¿Tú no querías cantar?

Negó enredando sus dedos con los de él.

—Buscaba complacerle, pero aunque canto... —titubeó por unos segundos—, cantaba, era en la intimidad donde lo hacía. No llevo muy bien ser el foco de atención.

Tony le levantó la cara y sonrió.

—No me había dado cuenta.

Le golpeó el estómago.

—No te rías de mí.

Él le dio un pequeño beso en los labios.

—No se me ocurriría y menos sobre lo que me estás contando. — Esta asintió agradecida—. ¿Y qué sucedió?

—Comencé a tener molestias con algunas notas y en un control rutinario detectaron el cáncer.

El joven se acomodó al lado de Raquel en la butaca, pasando su brazo por detrás de ella, que no dudó en apoyar la cabeza en su pecho, sintiendo como su corazón latía mientras sus dedos se enredaban en su cabello.

—¿Y todo acabó? —tanteó él.

—Más o menos —respondió—. Mi padre se sintió mal por obligarme a hacer algo contra mi voluntad, y creo que se culpa por lo de mi enfermedad.

—Pero él no tiene la culpa —espetó Tony con rapidez.

—Lo sé, pero aunque he intentado hacerle ver que esto venía de fábrica... —El joven se rio ante el comentario haciéndola sonreír—, no hay forma de hacerle cambiar de parecer. Sé que sufre cada vez que me ve recaer y que está pendiente de mí a cada paso que doy, pero...

—Como cualquier padre, Raquel —cortó su discurso—. Josep es tu padre y como buen progenitor está pendiente de sus hijas. Os quiere más allá de su propio ser y cada vez que respiráis, os reís o habláis, él sigue viviendo más allá de su propio cuerpo. Si os pasara algo —atrapó su cara— a cualquiera de las dos, una parte de él moriría en vida, por lo que está pendiente de vosotras como «papá gallina» de sus polluelos.

Ella asintió comprendiendo lo que quería decir.

—Sería «papá gallo» —rectificó divertida.

Tony movió la cabeza de un lado a otro valorando lo que le indicaba.

—No me corrijas, señorita, que me ha quedado muy bien la explicación...

Las carcajadas femeninas lo envolvieron.

—Muy bien, profesor.

Este le golpeó la punta de la nariz y asintió.

—Así me gusta y ya que estamos tan obediente —la chica arrugó el entrecejo esperando ver por dónde salía—, me tienes que prometer que comerás más a menudo, tomarás líquidos y seguirás las recomendaciones del doctor.

Asintió tres veces, tantas como los requerimientos que le solicitaba.

—¿Algo más, caballero? —indagó divertida.

—Que, si te encuentras muy cansada, me avisarás para que podamos solucionarlo —le solicitó casi en un susurro, recibiendo un nuevo movimiento afirmativo por parte de ella, que volvió a apoyar su cabeza sobre el pecho masculino, esperando sus caricias.

—Si yo hago todo lo que dices... —rompió el silencio que se había asentado en el interior de la cabaña tras las peticiones del músico.

—Has prometido que lo harías —corrigió.

Esta se incorporó levemente y le sonrió.

—Sí, sí —confirmó—. Pero estoy pensando...

Él se rio.

—Acabo de sufrir un *déjà vu*.

Raquel le pellizcó el brazo.

—No seas tonto y escúchame.

Este se frotó la zona dolorida.

—Si no hay más remedio...

Se levantó con lentitud y se colocó a horcajadas sobre él.

—Si no quieres, me marchó y...

Siseó silenciándola. Posó las manos en su trasero acercándola a su ingle y sonrió.

—Continúa, por favor.

Sintió como su temperatura ascendía al notar la parte del cuerpo de Tony que cobraba vida. Posó las manos sobre sus hombros y se balanceó brevemente.

—Es una tontería.

El músico se incorporó con rapidez, aprovechando para colocarse

un poco más en el centro de la butaca y, en el acto, instarle a Raquel a que se acercara todavía más a él. Dejó que su espalda se apoyara en el respaldo en cuanto estuvo conforme con la posición y llevó sus manos por debajo de la blusa rosa de tirantes.

—Termina lo que ibas a decir —la animó sin dejar de acariciar su espalda.

Ella asintió con timidez.

—Había pensado que... —dudó por unos segundos, el tiempo justo en el que sintió como los dedos masculinos se acercaban a sus senos.

—Eso ya lo habías dicho —susurró con sonrisa ladina.

Raquel se movió hacia delante para volver a su posición inicial, sintiendo el miembro endurecido del joven.

—Si yo te hacía esas promesas... —continuó mordiéndose el labio. Los dedos masculinos acababan de atrapar sus pezones y no dudaron en jugar lentamente con ellos, robándole el aliento a su dueña.

—Ajá.

—Podría..., podríamos —repitió a media voz cuando él levantó por unos segundos su trasero para que apreciara lo duro que estaba por tenerla encima.

—Podríamos... —repitió.

—Hacer el amor.

## Capítulo 16



Tony detuvo sus caricias en cuanto la escuchó.

Raquel lo miró mostrando en sus ojos negros el deseo que sentía y que necesitaba que saciara.

—¿Estás segura? —Ella asintió mordiéndose el labio—. Pero el doctor ha dicho que necesitas descansar.

Raquel se quitó la blusa, dejando expuestos sus pechos para sorpresa de él.

—He dormido en la clínica, me han obligado a comer más de lo que podía admitir —le relató con una sonrisa pícaro—. Quiero hacer el amor contigo —le pidió acercando sus rostros—. Mi cuerpo necesita sentirte cerca, dentro de mí...

Este la abrazó, llevando las manos hasta sus hombros, apretándola contra su entrepierna.

—Y yo también quiero estar dentro de ti, pero tengo miedo de que...

Posó su boca sobre la de él y atrapó su labio inferior con los dientes para pasar a continuación la lengua por la misma zona. Buscó su mirada y se balanceó un poco sobre su aprisionado miembro, retándole a que se negara.

—Después descansaré —susurró.

Los ojos pardos no se despegaban de los negros, donde la pasión del momento iba en aumento.

—Será lento...

—Será dulce —contraatacó ella.

—Y si te cansas o te encuentras mal...

—Te avisaré y pararemos.

Tony la levantó en el aire para recostarla sobre la butaca. Se quitó la camiseta con rapidez y se tumbó sobre ella con cuidado de no aplastarla.

—Si te hago daño...

—Te lo diré —le avisó sintiendo como su boca se posaba sobre su hombro.

—Si voy demasiado rápido...

—Te detendré —indicó mientras la mano de él descendía por su estómago, le desabrochaba el botón del pantalón y dejaba que traspasara la delicada lencería.

Tony la miró justo cuando sus dedos se enredaban entre su vello y sintió como su cuerpo se encorvaba, abriendo sus piernas para permitirle un mejor acceso.

—Eres preciosa.

Raquel lo miró, acercó su boca a la de él y le robó un beso en el que buscaba transmitir todos los sentimientos que la inundaban. Llevó sus manos hasta la espalda, delineó cada parte de su anatomía, logrando que Tony temblara ante el contacto, y se atrevió a descender hasta la cintura del vaquero. Le desabrochó el botón y atrapó su pene al mismo tiempo que un dedo de su amante traspasaba el húmedo umbral.

Ambos gimieron a la vez.

Sus respiraciones se aceleraron.

Tony atrapó su boca con ardor, siendo correspondido de inmediato. Se deshizo del vaquero junto con los calzoncillos, buscó un preservativo que llevaba guardado en el bolsillo y con delicadeza desnudó a Raquel.

Se colocó entre las piernas femeninas, buscó los ojos negros y, sin apartar su mirada de ellos, se adentró en su cuerpo arrancándole un

gutural gemido.

La tensión se asentó sobre ellos.

Ninguno de los dos se movía.

Solo se sentían.

Las manos de Raquel descendieron por la espalda del músico hasta posarse sobre su trasero invitándole a que se moviera con lentitud.

La cabeza de Tony cayó inerte sobre su hombro al mismo tiempo que sus caderas comenzaban a seguir una danza ancestral.

Le besó la piel, lamió su salinidad y mordió su cuello, buscando saciarse de su aroma, de su sabor...

Atrapó uno de los pequeños senos con la boca y succionó el pecho con fervor al mismo tiempo que una nueva estocada se adentraba por el cuerpo de la joven.

Raquel gritó de nuevo al sentirlo.

Elevó sus caderas y abrió sus piernas todo lo que le permitían, buscando una mayor profundidad, un mayor contacto, una mayor fricción que consiguiera saciarla.

Los movimientos de la pareja aumentaron.

Los besos se sucedieron.

Los gemidos crecieron.

Sus resuellos se entrelazaron.

Una nueva estocada, un nuevo envite...

Una nueva caricia, un nuevo beso...

—Raquel... —la llamó.

Su oscura mirada buscó los ojos pardos y le sonrió.

—Tony...

Una luz los envolvió, las mariposas los arroparon y un tsunami de nuevas sensaciones los ahogó.

El joven la besó con delicadeza.

Raquel le devolvió el beso con reverencia.

—¿Estás bien?

Movió la cabeza de forma afirmativa.

—En el cielo.

Una gran sonrisa nació en su rostro.

—Menos mal que se permite compañía.

Se rio.

—Y de la mejor.

Le dio un nuevo beso.

—¿Quieres dormir un poco?

Asintió.

—Aquí, contigo...

—Pero será mejor que nos vistamos por si alguien viene.

Las mejillas de Raquel enrojecieron; acababa de darse cuenta de su imprudencia.

—Podrían habernos visto.

Él sonrió divertido.

—No pienses en lo que podría haber sucedido, sino en lo que ha sucedido en realidad.

Lo miró y asintió.

—Tienes razón.

El joven se apartó de ella para vestirse. Observó como ella le imitaba y se recostaba en la butaca dejándole espacio libre a su lado.

Tony atrapó el chal que se había caído al suelo y la tapó. Se tumbó junto a ella y la abrazó por la cintura.

—Descansa, que no me iré a ninguna parte.

Le acarició las manos y sonrió feliz.

—Más te vale porque no habrá sitio donde puedas esconderte.

El músico se rio, le dio un beso en la cabeza y dejó que descansara.

## Capítulo 17



El mediodía lo había sorprendido en la cama.

Después de que Raquel descansara en la cabaña del jardín, decidieron ir a la casa, donde estaban todos esperándoles. Comieron un poco de pizza y, tras despedirse de sus invitados, la joven decidió subir a su cuarto a dormir.

Ninguno se quejó.

Todo lo contrario: la animaron a que descansara para reponer fuerzas y que al día siguiente se encontrara mejor.

Tony, con permiso de su padre, la acompañó hasta la planta de arriba, donde se despidió de ella con un dulce beso.

—Sueña con los angelitos.

Ella se rio ante la sugerencia, le robó un nuevo beso y le dijo:

—Prefiero soñar con un músico.

Le acarició la cara con lentitud y, si no fuera porque las risas de los abajo reunidos les llegaban con claridad, se habría colado en el dormitorio de Raquel para repetir lo que habían compartido en la cabaña.

Atrapó sus labios entreabiertos y dejó que sus lenguas se acariciaran con lentitud. Cuando sus cuerpos acortaron instintivamente la escasa distancia que los separaba y sus respiraciones se aceleraron, supo que era el momento de separarse de ella. Posó su frente en la cabeza de Raquel y suspiró.

—Será mejor que baje...

—Sí, será lo mejor —murmuró.

Este buscó sus ojos negros y sonrió.

—Aunque no quiero...

—Yo tampoco —señaló divertida.

Una nueva carcajada procedente de la cocina los separó a regañadientes. Tony le dio un pequeño beso y se acercó a las escaleras sin apartar la mirada de ella.

—Descansa.

Raquel asintió.

—Lo intentaré. —Abrió la puerta de su cuarto.

Tony descendió un par de escalones y se volvió para comprobar que Raquel seguía en la misma posición, observándolo.

—Entra... —susurró agitando la mano.

Ella asintió con la cabeza y le lanzó un beso, desapareciendo en el interior del dormitorio.

El músico se quedó mirando la puerta cerrada un par de segundos, feliz, contento de estar allí. Soltó el aire de su interior y descendió a la planta de abajo, donde se encontraban los demás.

Recordaba que sus amigos, Martín y Miguel, tardaron en irse al hostel. Gracias a Josep se acomodaron en el porche de la casa, donde compartieron confidencias hasta altas horas de la madrugada. El resto de la familia de Raquel desertó de su compañía mucho antes de que diera la medianoche en el reloj.

Después de la marcha de los dos chicos, Tony se había quedado un rato en el exterior. Observó todo lo que le rodeaba con nuevos ojos y, sin pensarlo mucho, tomó una decisión. Subió a su cuarto, rebuscó entre las cosas que guardaba en su mochila y, con una libreta y un lápiz, volvió corriendo a la silla que había en el porche trasero.

Las musas comenzaban a susurrarle y en su cabeza una melodía empezaba a tomar forma.

Por eso, al coger el móvil al día siguiente, no le extrañó comprobar que pasaba del mediodía.

Se puso un vaquero azul, una camiseta con una imagen de Michael Jackson y, sin preocuparse porque iba descalzo, bajó a la planta principal. El ruido de cacharros y el arrastrar de sillas le avisó de que los habitantes de la casa se encontraban en la cocina, por lo que no dudó en dirigirse allí.

Tenía la mano apoyada en la puerta blanca cuando la voz de alguien conocido le sorprendió. Empujó la madera y comprobó lo que sus oídos ya le advertían.

—¿Alejandro?

Su agente musical se volvió hacia él con una enorme sonrisa.

—Hola, chico. Te he echado de menos. —Se acercó hasta Tony y lo abrazó.

Este correspondió con el mismo gesto de inmediato. Miró al padre de Raquel, que lo observaba divertido, y después devolvió su atención al otro hombre.

—Buenos días o, mejor dicho ya, buenas tardes... —lo saludó Josep—. ¿Quieres tomar algo?

El músico asintió, todavía sorprendido al ver a su agente en esa habitación.

—Un café, por favor.

El dueño de la casa le guiñó un ojo y se acercó hasta el armario donde guardaba las tazas. Tomó la cafetera y le sirvió la bebida.

—Ponte cómodo —le pidió señalando el taburete que había cerca de él.

Este hizo lo que le indicaba mientras los dos hombres compartían miradas. Bebió de su café sin despegar los ojos de ellos, esperando que hablaran, pero solo le sonreían.

De pronto, se dio cuenta de algo.

—¿Y Raquel?

El padre de esta le puso delante un plato con galletas de chocolate y le palmeó la espalda.

—Tranquilo. Está bien. —Escuchó como el joven suspiraba ante la

noticia—. Se levantó muy temprano y con su hermana han ido al pueblo a comprar cosas que necesitábamos.

Tony asintió, conforme con la explicación. Bebió otra vez del negro líquido y, cuando ya lo había casi terminado, se atrevió a preguntar:

—¿Qué haces aquí?

—Te dije que hasta que no se tomara su café matutino no era persona —le comentó Alejandro al otro hombre.

Este asintió.

—¿Quieres otro? —indagó mostrándole la cafetera al músico, que negó de inmediato.

—Yo sí —respondió el agente, sentándose enfrente de su representado.

—Yo también te acompaño —indicó Josep sonriente.

El joven los observaba como un simple espectador ante una obra de teatro y pensó que se lo estaban pasando muy bien a su costa.

—¿Me vais a decir qué sucede? —interrogó cuando comprobó que los dos, sentados delante de él, le miraban con demasiada atención.

El padre de Raquel se rio.

—Álex, creo que ya le hemos hecho sufrir demasiado.

—Sí, yo pienso lo mismo, Josep.

Tony los observaba entre asombrado y confundido. Había demasiada confianza entre ellos dos.

—¿De qué os conocéis? —indagó.

Ambos se miraron divertidos.

—El mundo de la música parece muy grande, pero en realidad es muy pequeño —le respondió el padre de Raquel bebiendo de su taza.

—Tendrías que ver la sorpresa que me llevé anoche cuando este hombre... —Alejandro señaló al dueño de la casa—, cuando el señor Torres me llamó.

—Hacia siglos que no hablábamos —comentó divertido el mencionado.

—¡Y tanto! No debemos repetirlo de nuevo.

—Dalo por hecho —le prometió levantando su taza, que el agente no dudó en chocar con la suya.

Tony se llevó una mano a la cabeza sin apartar la vista de ellos.

—Vale, os conocéis de hace mucho. Eso me ha quedado claro, pero...

—Raquel me comentó el problema que tenías —soltó Josep sorprendiéndole—. En cuanto salió el nombre de este jovencuelo —golpeó el brazo de su amigo—, me puse en contacto con él.

—¡Eh! No soy tan joven —se quejó el otro.

El dueño de la casa se levantó de su asiento y llevó la taza ya vacía al fregadero.

—Si hace dos meses llevabas pañales —se metió con él, provocando que Tony se carcajeara.

—Eres un exagerado —lo acusó Alejandro.

El padre de Raquel se apoyó en la encimera y cruzó los brazos por delante de él.

—Tienes la edad de Israel y Lucas —lo acusó.

Tony miró a su agente con la boca abierta.

—¿En serio?

Alejandro se llevó una mano a la nuca y sonrió como si le hubieran pillado haciendo algo malo.

—Un año más —confesó.

El músico tomó su taza y se la ofreció al padre de Raquel.

—Creo que necesitaré otro café.

Los otros dos hombres se rieron.

—De inmediato. —Josep agarró la cafetera y le sirvió la bebida.

Tony bebió un buen trago de ella sin despegar los ojos de Alejandro. No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Su agente le sacaba solo seis años.

—No lo aparentas —comentó a media voz.

El otro se levantó del taburete que ocupaba, se quitó la corbata gris que llevaba y se remangó la camisa azul cielo, tras desabrocharse los

botones del cuello. La americana gris, a juego con el pantalón de pinzas, hacía tiempo que reposaba encima de uno de los sofás del salón. El cabello negro engominado había ido perdiendo su perfecto peinado con el paso de las horas.

—Si quiero que me tomen en serio, no debo aparentarlo —comentó divertido, sentándose de nuevo en el alto taburete.

—Te dije que hacía mucho calor por esta zona —le dijo Josep cuando vio como se deshacía de las prendas.

—Y yo te expliqué que tenía una reunión importante a primera hora de la que saldría directamente para llegar aquí. No podía acudir en vaqueros y camiseta.

Tony carraspeó atrayendo la atención de los dos.

—Vale, ya me ha quedado claro que sois viejos amigos. —Los dos asintieron a la vez—. ¿Me podéis explicar qué sucede?

Alejandro se rio.

—Josep me llamó —retomó la explicación por donde el padre de Raquel la había abandonado— y estuvimos hablando de tu problema.

El músico asintió.

—¿Y por eso has venido?

—Creemos que tenemos una solución —soltó Josep.

Tony los miró al unísono sin saber muy bien qué decir.

—Pero necesitamos que hayas compuesto «la canción» —le explicó su agente levantando el tono al final de la frase.

—La tengo —les anunció.

El padre de Raquel dio una palmada al aire.

—Te lo dije. Aunque pienses que me he ido al culo del mundo, es un buen sitio que invita a la inspiración.

Tony se rio ante esa definición.

Alejandro asintió y levantó las palmas de las manos hacia arriba en son de paz.

—No lo voy a discutir. ¿Y es buena? —preguntó a su representado. Este se levantó del taburete y se llevó las manos a los bolsillos del

vaquero para sacarlas de nuevo a continuación.

—Creo que sí, pero...

—¿Necesitas algo que la haga redonda? —tanteó Josep.

El joven asintió.

—Pues dilo, chico —le exigió Alejandro.

—Necesito que me acompañe la voz de Raquel.

El padre de la mencionada miró a su amigo, este suspiró con fuerza y Tony volvió a sentarse en el lugar que ocupaba con anterioridad.

## Capítulo 18



El sonido del piano la recibió nada más llegar a la casa. La música la envolvía con su cadencia, una nueva melodía desconocida para ella conseguía que su corazón latiera al mismo ritmo. Traspasó la entrada motivada por descubrir quién era el que tocaba tan bella composición, y se sorprendió gratamente cuando posó sus ojos sobre Tony.

Este le sonrió con dulzura. Movié la cabeza levemente, sin dejar de tocar, y la animó a que se acercara hasta él.

Raquel no dudó en obedecerlo. Se sentó en la banqueta, en el espacio que le dejaba el músico, y escuchó con deleite la melodía.

—Es preciosa —señaló ella en cuanto paró de tocar el piano.

—Todavía necesita algunos arreglos...

La joven asintió, conforme con lo que le decía.

—¿Cuándo la has compuesto?

—Esta noche —dijo levantándose del banco y frotándose la nuca nervioso—. No podía dormir... Apareció de repente. —Se encogió de hombros resignado.

—¿Y tiene letra?

Él asintió.

—¿Quieres leerla? —Raquel movió la cabeza afirmando con rapidez—. También necesita ajustarse, pero...

La joven le arrebató con ansia de entre las manos la libreta que había cogido de encima de la mesa, arrancándole una carcajada.

—Déjame que le eche un vistazo y luego hablamos.

Este asintió y se apartó de ella para ir a la cocina, donde tomó una botella de agua del frigorífico. Estaba algo nervioso ante lo que Raquel pudiera opinar sobre la canción.

Bebió un gran trago de agua y expulsó el aire que retenía.

Tenía que ser valiente. No todas las críticas pueden ser favorables y quizás esta nueva composición no era tan buena como él creía.

—Tony, deja de darle tantas vueltas a la cabeza y vuelve al salón —se regañó en voz alta a sí mismo.

Sonrió para sus adentros y, tras contar mentalmente hasta tres, abrió la puerta de la cocina aventurándose a lo que podría encontrarse en el salón.

—Es... es... —A la joven no le salían las palabras.

—¿Tan mala es? —preguntó con temor.

Raquel se acercó hasta él y negó con la cabeza.

—Es preciosa.

El músico se dio cuenta de que había llorado.

—¿Seguro? —Le limpió las lágrimas que se habían deslizado por sus mejillas—. Has llorado...

Ella asintió, le rodeó la cintura y buscó su mirada.

—Es nuestra historia, somos nosotros...

Este apoyó su frente en la cabeza de ella y suspiró.

—Pensé que estaría bien contarla, pero si tú no quieres...

Raquel negó de inmediato.

—No, está bien. Es preciosa —repitió.

Tony le sonrió feliz.

—¿De verdad te gusta?

Le dio un beso en la boca y asintió.

—Me encanta.

El músico posó las manos en su cara sin despegar los ojos de su mirada azabache.

—No sabes lo feliz que me haces.

—¿Por qué? No es necesario que yo te diga que la canción es

perfecta para que tú lo veas.

—Para mí es importante tu opinión —confesó posando sus labios sobre los de ella y robándole un dulce beso.

Raquel apoyó la cabeza en el pecho masculino y suspiró.

—Ya la tienes —anunció—. Ya tienes la canción para la discográfica.

—Bueno...

Levantó la cara extrañada al escucharle dudar.

—¿Qué sucede?

Tony tomó su mano y la llevó hasta uno de los sofás, donde se sentaron.

—Ha venido Alejandro...

—¿Aquí? —preguntó interrumpiéndole, mirando a su alrededor por si veía a su agente.

—Sé que hablaste con tu padre y le contaste lo de mi «problema».

—Le dio en la punta de la nariz con cariño, sonriéndole—. Gracias.

Ella se encogió de hombros, quitándole importancia al asunto.

—Sí, pero no sabía que vendría.

—Parece ser que tu padre y él son viejos amigos...

—Eso me dijo.

—Y han encontrado una solución a todo este lío.

Lo miró con la boca abierta ante el anuncio.

—Ohh..., Tony, no sabes cuánto me alegro. —Se abalanzó sobre él, arrancándole sendas carcajadas.

Compartieron multitud de besos sin parar de reír.

Cuando se tranquilizaron, el músico la sentó sobre él.

—También estoy contento.

Esta asintió mientras le acariciaba los brazos desnudos.

—¿En qué han pensado? —se interesó por la solución al problema.

Tony llevó sus manos hasta el corto cabello de ella y enredó sus dedos con delicadeza.

—Piensan que si subimos la canción a internet, sin ofrecérsela a la

discográfica, podríamos tener la oportunidad de llegar a bastante gente...

—Y así hacer fuerza sobre ellos para poder negociar.

Él asintió.

—Es jugárnosla y tenemos muchas papeletas para perder. No es fácil competir con una gran discográfica y no tendremos las mismas herramientas para llegar a tanto público, pero quizás con la ayuda de tu padre y los contactos de Alejandro...

—¿No tienes ninguna cláusula de exclusividad con ellos? —interrogó Raquel.

Tony movió la cabeza a ambos lados.

—Parece que algo hay, pero Alejandro, tras estudiar el contrato que me ata a ellos, dice que hay un recurso legal que podemos utilizar si lo hacemos de esta forma, pero...

—Es una opción —le cortó antes de que comenzara a dudar.

Él volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

—Puede ser que perdamos...

—Puede ser que venzamos.

Tony sonrió.

—Si estás a mi lado, me veo capaz de todo.

Pasó sus dedos por el cabello de él y asintió feliz.

—Siempre...

El músico le robó un beso.

—Pero necesito tu ayuda.

Ella asintió con rapidez.

—Dime, ¿qué necesitas?

Le acarició el rostro, dejó que sus dedos le delinearan el cuello y llevó las manos hasta su espalda, donde se colaron por debajo de su camiseta verde.

—Necesito que cantes conmigo...

Intentó alejarse, pero él la retuvo sujetándola de la cintura.

—Tony, pídemme cualquier otra cosa, pero eso, no.

La agarró la cara y la acercó a la suya.

—No puedo hacerlo sin ti. —La besó con delicadeza, robándole el alma.

—No es buena idea. —Negó con la cabeza con poca convicción.

—Sí, es una gran idea.

Ella observó sus ojos pardos, donde las estrellas brillaban con esperanza.

—Pero ya sabes que...

Este chistó silenciándola.

—Esa canción no será perfecta si no estás a mi lado —susurró—. No tendrás que estar en ningún escenario. Solo cantaremos en un estudio. Tú y yo...

Raquel se llevó la mano hasta su cuello.

—Pero mi voz es más grave ahora...

El joven posó sus manos sobre la de ella y acarició la piel de esa zona que era más oscura a la del resto del cuerpo.

—Tienes una voz preciosa. —Enfrentó su mirada sin dejar de acariciarla—. Es desgarrada, intensa y descarada. —Raquel se sonrojó—. El tono de voz necesario para que mi canción... nuestra canción — se corrigió— sea perfecta.

—¿Estarás a mi lado?

Tony asintió sin dudar.

—Siempre...

## Epílogo



El ruido del coche les advirtió de que alguien se acercaba.

Raquel se levantó de la silla corriendo y no tardó en rodear la casa. No podía esperar para abrazar a Tony.

La puerta del todoterreno se abrió antes de que el vehículo se detuviera.

—Ya estoy aquí. —Abrió sus brazos recibiendo a la joven en ellos.

Alejandro se bajó del coche riéndose.

—Solo digo que podríais haber esperado a que apagara el motor.

Mónica también se rio. Había ido tras su prima, ilusionada por ver a los recién llegados.

—Déjalos. Ahora mismo ni te escuchan.

El agente de Tony asintió y se dirigió hacia el jardín sin añadir nada más. Al contrario que en su primera visita, en esta ocasión iba vestido con un vaquero y una camiseta negra. El cabello alborotado, siguiendo el compás de sus rizos, caía con libertad sobre su mirada gris.

—¿Y tu tío? —le preguntó a la joven rubia cuando estuvo a su altura.

—En la barbacoa —respondió agarrándose de su brazo—. Os esperábamos para celebrarlo.

—Pues vamos a festejarlo —se rio él y, sin demorarlo más, se dirigieron hacia donde se encontraba el resto de la familia.

—¿Estás bien? —le preguntó Tony al finalizar el beso de bienvenida.

—Sí, sí... El padre de Lucas dice que hemos logrado acabar con él.

El músico gritó de júbilo. La agarró de la cintura y giró sobre sus pies, entre risas.

—No sabes lo feliz que me hace escucharlo —indicó al mismo tiempo que volvía a besarla.

—Habrá que continuar con revisiones rutinarias, pero...

Él se detuvo, posó las manos a ambos lados de su cara y buscó sus ojos negros.

—Pero ya está...

—Ya está —repitió feliz.

Tony le robó un nuevo beso, pasó su brazo por los hombros femeninos y se dirigieron a la parte trasera de la casa.

—Y tú, ¿cómo estás? —se interesó sin apartarse de él. Tenía apoyada la cabeza en su hombro, mientras sus manos se enredaban—. ¿Contento con el resultado?

Este se detuvo y enfrentó su mirada. Su sonrisa era la única respuesta que necesitaba.

—La reunión ha ido mejor de lo que esperábamos —anunció—. Ya sabes que, tras la grabación de la maqueta y con la posterior magia que hizo tu padre con los técnicos amigos suyos...

—Fue increíble —añadió.

Ambos habían alucinado con lo que se podía hacer con una mesa de mezclas en un pequeño estudio de grabación.

—Tras subir la canción, las reproducciones se sucedieron.

Raquel saltó dando palmas de felicidad al recordarlo.

—Los números crecían a una velocidad de vértigo.

Él sonrió.

—Sin olvidar que las llamadas que hicieron tu padre y Alejandro, para pedir ayuda a sus conocidos...

—Que compartieran por redes sociales la canción algunos de los

cantantes y grupos de música de mayor repercusión en nuestro país...

—Y fuera de él —apuntó el músico con una enorme sonrisa.

—Y fuera de él —continuó la joven—, ayudaron a que destacaras y se te escuchara.

Tony dio una vuelta sobre sus pies con los brazos extendidos.

—Jamás pensé que llegaría a sonar en la radio al grabarla de esta forma.

Raquel lo observó. Estaba entusiasmada de verlo tan contento.

—Y ellos tampoco —añadió de forma ladina.

El músico asintió.

—Los directivos de la discográfica estaban sorprendidos ante el fenómeno y han tenido que dar su brazo a torcer. A partir de ahora me escucharán. Dejarán que opine sobre los temas que me quieran ofrecer, además de poder colaborar con temas de mi propia cosecha.

Lo abrazó.

—Me alegro tanto por ti.

Tony, para su sorpresa, la separó de él y la miró con intensidad.

—Esto es producto de los dos. No habría conseguido nada si tú no me hubieras ayudado.

Se encogió de hombros.

—Yo solo estuve a tu lado.

—Más que suficiente. —Le acarició la mejilla—. Saber que me apoyabas en esta locura ha servido para que estuviera más tranquilo y confiara en mí.

Ella le regaló una sonrisa.

—Solo fue un pequeño empujoncito.

—Más que eso —la corrigió—. Además, la voz sexi que me acompaña en la canción es producto tuyo.

Se rio al escuchar cómo describía su voz, imitando a los locutores de radio que la llamaban así cada vez que ponían su tema.

—¿Sexi?

Tony la abrazó y la empujó hacia la pared de la casa, antes de

llegar al claro donde les esperaban para celebrar la buena nueva.

—Cada vez que escucho nuestra canción... —susurró.

—Sí...

—Me dan unas ganas tremendas de salir a buscarte para hacer esto. —Posó su boca sobre la de ella, atrapando su labio inferior para pasar a continuación al superior. Su mano se encontraba ya debajo de la blusa azul que llevaba y ascendía con irritante lentitud por su estómago hasta el pecho.

La joven gimió ante el contacto.

—Nos pueden ver —murmuró.

Él bufó con fuerza al mismo tiempo que arrugaba la boca, en un gesto infantil.

—No veo el momento de raptarte y llevarte al granero.

Raquel le apartó el pelo de la cara.

—Cuando quieras...

Tony se separó de ella por sorpresa, atrapó su mano y se asomó por la esquina de la casa.

—Mónica... —gritó.

Esta se acercó curiosa.

—Déjame las llaves de tu camioneta —le exigió con apremio.

La joven rubia observó a su prima, que la miraba entre divertida y avergonzada.

—¿Para qué las quieres? —le preguntó tras sacarlas del bolsillo de su pantalón.

El músico se las arrebató sin ceremonias, tiró de Raquel y se acercó a pasos agigantados hasta el vehículo prestado sin responderle.

—¿Y qué les digo a los de ahí detrás? —indagó Mónica divertida.

Tony abrió la puerta de la camioneta y ayudó a Raquel a subir a ella. Miró a la joven rubia y le guiñó un ojo.

—Que tenía muchas ganas de comer una hamburguesa del bar de Ceci. —Cerró la puerta y arrancó el motor de inmediato.

Mónica observó como se marchaban dejándola allí plantada.

—¿Adónde van? —le preguntó Israel en cuanto llegó a su altura.  
Su hermana se volvió, encogió los hombros y se rio:  
—A por una hamburguesa de Ceci.

**FIN**

**Merche Diolch**

**MÓNICA**  
**Y llegaste tú 3**



«A veces la última persona en el mundo con la que quieres estar  
es la única persona sin la que no puedes estar.»

*Orgullo y prejuicio, Jane Austen*

## Prólogo



—Ven aquí. —El joven agarró del brazo a la chica separándola de su pareja.

Mónica miró a la persona que acababa de interrumpir el beso que le daba su ligue y al comprobar quién era, buscó zafarse de su agarre sin éxito. Gritó de rabia, pero apenas se escuchó por culpa de la estridente música que sonaba en el pub.

—¡Déjame! —le exigió intentando deshacerse de él.

La miró impasible. Sin pronunciar ninguna palabra. Solo sus ojos eran el reflejo del estado en el que se encontraba. La tormenta se avecinaba y en los iris oscuros la furia se palpaba.

Sin ceder a las pretensiones de la joven, tiró de su brazo y la condujo por el sucio corredor que llevaba hasta los servicios. Dejaron atrás los aseos, sin poder evitar llamar la atención de las personas que esperaban en la cola su turno para usar los urinarios, y avanzaron hasta la puerta oxidada de emergencia. Sin soltar a su presa, el joven apretó la barra horizontal roja, que se abrió con bastante facilidad, y salieron al callejón oscuro. El ruido de la ciudad los saludó, el aire caliente los golpeó en la cara, tan diferente del frescor que había en el pub gracias al aire acondicionado.

—¿Se puede saber qué haces, Lucas? —lo interrogó con dureza Mónica en cuanto se vio libre, sin apartar la mirada de su espalda.

Él se llevó las manos a la cabeza y observó el cielo negro, donde las nubes se agrupaban. Enredó sus dedos entre los cortos mechones

rubios y soltó el aire que retenía mientras pensaba en lo diferente que era ese cielo del que veía cada día desde su ciudad natal.

—Eso es lo que yo me pregunto... —Se volvió para mirarla, dejando caer sus brazos inertes a lo largo de su cuerpo—. ¿Qué coño hacías allí dentro?

—No es asunto tuyo —espetó ella.

El doctor tensó la mandíbula y contó hasta tres antes de hablar.

—Mónica, estaba preocupado...

La joven apretó los puños y avanzó un par de pasos acercándose a él.

—No te debo ninguna explicación.

Lucas agachó la cara hasta ponerla a su misma altura.

—Tuve que llamar a Raquel para saber dónde te encontrabas. No es el lugar ideal para que estés. —Señaló con la mano la puerta del local del que acababan de salir, que seguía abierta.

—Yo voy adonde quiero y... —tomó aire e hizo una pausa dramática antes de concluir— con quien quiero. —Sonrió con prepotencia y se volvió para regresar al pub.

Los dientes del joven rechinaron ante el comentario. La agarró de la mano y tiró de ella de nuevo, provocando que chocaran sus cuerpos. Colocó su brazo en la espalda femenina, aprisionándola contra él sin que emitiera ninguna queja.

—Mónica, no tengo ganas de juegos.

Esta elevó una de sus doradas cejas, incrédula.

—¿Juegos? —Se carcajeó—. Perdona, pero yo estaba muy tranquila cuando has llegado tú y me has estropeado la diversión.

Él gruñó y avanzó hacia delante sin soltarla, hasta apoyar su espalda en la pared.

—Íbamos a ir juntos al pueblo... Te estuve esperando.

—Eso... —golpeó su hombro con el dedo índice— fue idea de mi hermanito. Yo tenía otros planes.

Lucas suspiró sin apartar sus ojos de los celestes de ella.

—¿Y por qué no me avisaste?

Le sonrió.

—Creí que no era necesario.

La mandíbula cuadrada se tensó.

—Tus padres esperan que vayas el fin de semana a casa... —  
Rechinó los dientes—. Tu hermano cree que ahora mismo estamos de  
camino a tu casa en mi coche...

—Ya iré mañana —lo interrumpió sacándolo de quicio.

Se acercó aún más a ella, impidiendo que ninguna brizna de aire  
circulara entre ellos.

—Israel quiere que vengas conmigo —insistió con mucha  
paciencia.

Ella elevó su cabeza altivamente.

—No soy ninguna niña para que decidáis por mí qué debo o no  
hacer.

—Tu comportamiento muestra lo contrario —la corrigió Lucas—.  
He tenido que venir a buscarte aquí —remarcó la última palabra con  
voz tensa—. Estás ebria y apestas a humo. —Arrugó la nariz  
evidenciando lo que señalaba.

Le sonrió divertida.

—Si no te gusta mi olor, no sé por qué estás tan cerca de mí —  
indicó con picardía.

—No juegues con fuego que te puedes quemar, Mónica.

—Eras tú el que no quería jugar —mencionó con voz melosa.

Fijó su mirada en la de ella y descendió su atención hasta los rojos  
labios mientras sus respiraciones se enredaban. Observó como la  
lengua femenina aparecía de improviso, acariciando su labio inferior,  
atrayendo sus ojos como si fuera una encantadora de serpientes.  
Apretó su mano en su cadera desnuda, ya que llevaba un top corto y  
su minifalda vaquera se asentaba muy por debajo del ombligo, y  
acarició su suave piel. Escuchó como ella emitía un suave gemido y  
sintió como parte de su cuerpo cobraba vida. Ascendió con rapidez su

mirada hasta el cielo y soltó el aire que retenía. Se echó hacia atrás, separándose de ella.

—Nos vamos —le ordenó sin mirarla a la cara.

La joven lo observó entre confusa y desilusionada.

—Ya te he dicho que...

—Mónica, no me obligues a que lo repita otra vez. —Enfrentó su mirada dejando que comprobara que su paciencia se había acabado—. Tengo el coche aparcado al otro lado de la calle. Te doy diez minutos para que vuelvas allí dentro —señaló con la mano la puerta abierta del local—, te despidas de tu ligue —indicó de forma despectiva— y recojas tus pertenencias, si tienes algo tuyo ahí.

—No...

—Diez minutos, Mónica —la cortó de malos modos—. Si tras ese tiempo no has aparecido, entenderé que en verdad sí eres la cría caprichosa que pienso que eres y que busca que todos estemos a sus pies y me marcharé —apuntó alejándose de su lado sin esperar réplica.

La joven rubia observó como desaparecía por la esquina del local, sin echar la vista atrás en ningún momento. Dio una patada a una lata de refresco vacía que había en el suelo y emitió un grito de impotencia.

—Joder, joder, joder... Moni, esta vez la has hecho buena —se dijo a sí misma, abriendo de par en par la puerta de emergencia del local para hacer lo que Lucas le había «ordenado».

**Continuará...**

## Notas

---

- 1 Personajes de *La historia interminable*, de Michael Ende.



**Merche Diolch** nació en Madrid el Día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por medio de pequeños relatos, con los que colaboró en diferentes antologías literarias hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*. Dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores, logrando cosechar grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía siguen sorprendiendo sus excelentes resultados.

Sus series Rapax y Dulce y Salado no dejan de atraer a nuevos lectores, recogiendo buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque, según su propia opinión: «Sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, y en el año 2015 alcanzó el galardón.

En 2009 fundó la página *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género, como los Encuentros Literarios RA que se celebran cada año y a los que asisten más de 600 personas. Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil con una increíble respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

### **Enlaces de interés**

Blog: <http://merchediolch.blogspot.com.es/>

Facebook: Merche Diolch

Twitter: [@MercheDiolch](https://twitter.com/MercheDiolch)

Instagram: [@merchediolch](https://www.instagram.com/merchediolch)

*Tony*  
*Y llegaste tú 2*  
Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la portada, Victor Tongdee / Shutterstock

© Merche Diolch, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19449-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

**Otros títulos de Click Ediciones:**

*Mi error fue amar al príncipe. Parte I*

Moruena Estríngana

*Mi error fue amar al príncipe. Parte II*

Moruena Estríngana

*Heaven. El hilo rojo del destino*

Lucía Arca

*Viaje hacia tu corazón*

Moruena Estríngana

*Tu eres mi vez*

Judith Priay

*Latidos de una bala*

Alexandra Roma

*Eres mi mejor sueño*

Clara Álbori

*Mi sol, mi luna*

Calista Sweet

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**

